

MARTA
FLORES

Seis
razones para
no amar

marta flores


Seis
razones para
no amar

Marta Flores



Primera edición.
Seis razones para no amar.
© 2020, Marta Flores.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

Prólogo



Mi nombre es Sheila y ya tenía claro a esas alturas de mi vida que contaba con seis razones de peso para no volverme a enamorar...

La primera y más importante, que todos los hombres que habían pasado por ella me habían sido infieles, razón por la cual ya no me fiaba ni de mi sombra.

La segunda, que terminaban absorbiendo mi espacio y al final querían que me acoplara a su ritmo, y no al que yo necesitaba.

La tercera, que con el tiempo se relajaban y no volvían a sorprenderme. Me estoy refiriendo a esa especie de acomodamiento en el que todo está bien y no cabe ni el más mínimo esfuerzo por hacer algo especial para reavivar la llama del amor.

La cuarta, que dejaban de ser detallistas con el transcurso de los meses, eso me mataba.

La quinta, que siempre tenían los ojos puestos en todo lo que yo hacía o decía. Vamos, que me analizaban con lupa y me terminaban pidiendo explicaciones por lo más simple.

La sexta, que una vez metido, se acabó lo prometido.

Por esas seis razones y después de mi ruptura sentimental con Carlos, mi pareja durante el último año, decidí alejarme de todo hombre que intentara irrumpir en mi vida o hacer algo para llamar mi atención. Me negaba a seguir sufriendo por culpa de los tíos, así que decidí ser una mujer libre y autocomplaceme en todos los sentidos. Creo que me explico.

Trabajaba como publicista *online* para mi propia empresa, que creé cuatro años atrás cuando tenía veinticinco años, y poco a poco fui agrandando hasta hacerme con un buen puñado de clientes de nivel. Gracias a ello, trabajaba desde mi casa, que me había comprado hacía cuatro

meses y donde vivía con mi gran amor, mi perro Tino.

Lo de comprarme el apartamento fue idea mis padres, Javier y Marta, que me brindaron su ayuda, al darme el dinero para la entrada y regalarme los muebles. Por parte del banco corrió el financiarme el resto, pagando una cómoda hipoteca que me permitía vivir sin agobios.

Mi apartamento era una auténtica monería, situado en uno de los barrios más modernos de la ciudad, que se estaba expandiendo por momentos.

Me encantaba, pues me pasé meses buscando meticulosamente una construcción que se adaptara a mis gustos y necesidades, hasta que la encontré. Fue toda una suerte, porque yo le había echado el ojo a la urbanización, pero no quedaba ningún piso libre. Eso sí, precavida, les dejé mis datos por si ocurría algo.

Dos meses más tarde, cuando me quedaban días para señalar otro apartamento que me convencía menos, me llamaron y me dijeron que una pareja había renunciado a la compra del suyo y que estaba a mi disposición.

Volé hasta la inmobiliaria y firmé el contrato de señal aquella misma mañana. Semanas después me entregaron la llave y me sentí flamante propietaria, consciente de que era una suerte poderlo ser a mi edad.

Luego llegó la parte más divertida, la decoración. Viví aquellos días con especial cariño. Opté por pintar las paredes en un rosa palo, pues el blanco original me parecía demasiado frío e impersonal. El resto lo decoré en un estilo *vintage*, de esos que tanto se llevan ahora, con gran cantidad de detalles para que quedara de lo más comfortable.

Mis padres vivían en la misma ciudad, en una zona residencial. Tenían un chalet con algo de terreno donde disfrutaban como locos mis dos hermanos mellizos, Óscar y Nuria, de cinco años, sí, cinco años...

Y es que cuando yo nací mis padres contaban solo con veinte añitos. Más de dos décadas después, con cuarenta y tres, la cigüeña les trajo a los mellizos, cuando yo ya había cumplido los veinticuatro años.

Mi nacimiento no les impidió a mis padres seguir estudiando, lo único que provocó fue que mi

madre terminara su carrera un poco después que mi padre. Ambos eran profesores en un instituto.

Si fuera por ellos, yo seguiría viviendo en su casa, pero obvio que necesitaba mi espacio y mi independencia, a pesar de que mis hermanos eran mi debilidad y me los llevaba conmigo con frecuencia.

Así que mi vida familiar era de lo más estructurada, plena y feliz, solo que la parcela amorosa había sido el mismo caos y siempre me terminaron haciendo mucho daño. Eso motivó que fuera apuntando, para recordar cada día, cuáles serían las razones por la que no me debería enamorar de nuevo.

Mi mejor amiga desempeñaba un papel fundamental en mi vida. Tanto que yo consideraba que, aunque no nos unieran lazos de sangre, formaba más parte de mi familia que de mi círculo de amistades. Mis padres también la adoraban.

Lidia tenía mi edad, veintinueve años, y trabajaba de enfermera en una clínica dental de lunes a viernes. Nos lo contábamos todo, salíamos de marcha juntas, a comer, de compras... Muchos fines de semana se quedaba a dormir en mi casa, dado que ella seguía viviendo con sus padres, Lucas y Telma, dos bellísimas personas que tenían su propio negocio de seguros.

Ella era una de las “culpables” de que yo, como comenté antes, recordara las semanas que pasé decorando mi casa con gran cariño, pues ambas nos pasamos tres días pintando, rodillo en mano.

No lo habíamos hecho en la vida y, cuando parábamos para comer y nos veíamos la una a la otra las pintas, salpicadas de lunares rosas, es que nos moríamos de la risa. Una tarde llegaron también mis padres con mis hermanos y los peques quisieron probar. No os cuento dónde llegó la pintura. El asunto es que son recuerdos de esos que atesoras en la mente.

Así que tenía una vida perfecta y no quería volverme a enamorar, estaba convencida de que podía lograr por mí misma la felicidad...

Capítulo 1



Ese día estaba de una mala leche increíble, más que un viernes, parecía un lunes, y es que se habían caído las redes más importantes a través de las cuales yo movía las empresas de mis clientes.

Respira, Sheila, respira...

Recordé entonces la teoría de mi padre. Esa que comentaba a menudo de que la evolución nos estaba haciendo mucho más esclavos. En cierto modo, algo de razón tenía. Yo, que trabajaba con la tecnología a todas horas, sabía muy bien lo que era quedarme totalmente parada cuando a los sistemas les daba la gana.

Reconozco que era una situación que me sacaba totalmente de mis casillas. Y algo de relación guardaba con el hecho de que a mí me encantaba tenerlo todo bajo control y en esas ocasiones el arreglo no estaba en mis manos. Por mucho que yo quisiera, no podía hacer nada.

Sabía que no iba a pasar mucho tiempo antes de que los teléfonos empezaran a sonar. Y no me equivoqué.

— Hola, Ernesto —me armé de paciencia porque sabía que era bronca segura.

— Hola, Lidia. Me dicen mis clientes que no les ha llegado ni un *banner* de publicidad de la campaña nueva y yo no entiendo ni media palabra —sonaba desesperado.

— Pues yo te lo explico, es muy fácil. Tenemos todos los sistemas caídos y estoy de brazos cruzados. No puedo hacer ni la “o” con un canuto.

— Pero Sheila, yo te pago para que la publicidad llegue a mis clientes el día y hora

convenidos. No puedo permitirme...

— Mira Ernesto, yo tampoco me lo puedo permitir. A ver si te crees que es una gracia para mí, pero esto díselo a las grandes compañías. Si las redes se caen, yo no me quedo atada de pies y manos.

— Pues estamos apañados.

—Pues sí —respondí con contundencia y me despedí.

Ya estaba bien de ser tan condescendiente con la gente. Al principio de mi trayectoria profesional me parecía que tenía que poner siempre buena cara y aguantar los chaparrones de los clientes estoicamente, sin inmutarme, pero esa etapa había pasado a la historia.

Yo consideraba que en estos años había demostrado suficientemente mi talla profesional, de modo que el que quisiera permanecer a mi lado, estupendo, y al que no, que le dieran morcillas, que a mí clientes no me faltaban.

Por suerte la mayoría de la gente con la que trabajaba era educada y apenas había sufrido ningún altercado con nadie, pero siempre había alguno, como Ernesto, que daba la nota. Él era uno de esos empresarios chapados a la antigua, que se creían los mandamases de su imperio, y a quienes no les dolían prendas en levantar el teléfono para liarla. E iba a ser que no.

Me puse a dar toquecitos en la mesa, nerviosa. No había cosa en el mundo que más me fastidiara que no poder adelantar trabajo a primera hora de la mañana y luego ir con retraso, y encima un viernes.

Miré a mi alrededor y estaba todo perfecto, limpio, impecable. No tenía nada que hacer más que esperar a que se restableciera el servicio y poder acabar el trabajo programado para la jornada.

El apartamento era una cucada y tipo dúplex. Tal como entrabas, tenías a la derecha un baño, luego seguías el pasillo y en un gran espacio de sesenta metros estaba la cocina americana separada por una preciosa barra de piedra del resto del salón, que recibía una espectacular luz natural gracias a una gran terraza que yo cerré con una cristalera y puse mi despacho, con vistas a la ciudad. Era lo que más me gustaba. A un lado había una escalera que conducía a mi dormitorio,

que tenía integrados un vestidor y un baño, en un espacio cuadrado.

Ni dormitorio de invitados ni nada, Lidia dormía en mi cama de matrimonio extragrande al igual que mis hermanos, o en los dos sofás del salón, que eran de lo más amplios y cómodos.

Esa noche había quedado en salir con Lidia de marcha por la ciudad. Nos encantaba hacerlo un día del fin de semana. Solíamos escoger el viernes, para el sábado y domingo recuperarnos de la evidente resaca.

En cuanto se restableció el servicio trabajé a contrarreloj para acabar lo antes posible, eso sí, no antes de las tres de la tarde, hora a la que terminé y a la que me puse a preparar el almuerzo.

Me cociné unas patatas fritas con huevos, un capricho que me daba todos los viernes. El resto de los días intentaba cuidarme a base de comidas a la plancha y mucha verdura.

Siempre cocinaba con música, pues para mí era una parte fundamental de mi vida y me daba muchísima alegría. El olor que desprendían las patatas mientras se freían, me estaba abriendo el apetito a más no poder.

Después de degustar tan delicioso manjar, con un poco de pan, me dispuse a echarme una siesta, ya que esa noche salía y quería estar lo más descansada posible. Sabía que lo iba a necesitar, ¿quién iba a conocerme mejor que yo?

Tardé un poco en conciliar el sueño, pues la mañana había sido más estresante de lo normal y esa era una circunstancia que yo notaba a la hora de descansar, por eso era para mí tan importante que todo fuera sobre ruedas en el trabajo. Finalmente, caí rendida.

El sonido del timbre me despertó a las seis. Era Lidia que ya venía con su maleta para cambiarse en mi casa, donde se quedaría todo el fin de semana.

— Estoy de aguantar pacientes hasta el mismo — se acercó a besar mi mejilla.

— Pide la baja psicológica — bromeé mientras cerraba la puerta y la seguía hasta el salón, en el que tiró la bolsa y se sentó en la barra que lo separaba de la cocina.

— Lo que voy a pedir es un aumento de sueldo por hacer de psicóloga. ¡La leche! Todo el

mundo se cree con el derecho de contarme su vida al dedillo.

— Te entiendo — saqué dos latas de refresco y me senté por la parte de la cocina frente a ella.

— Y tus hermanos ¿qué tal?

— Bien, ayer les dije que nos pasaríamos este fin de semana a verlos y se pusieron de lo más contentos.

— Claro.

— Mi madre dice que la avisemos con tiempo y nos prepara una paella de las que te gustan.

— Pues con más vera, si quieres vamos mañana.

— Vale, ahora le pongo un mensaje, le diré que sobre las dos, para que nos dé tiempo a dormir algo.

— ¿Dónde vamos a cenar hoy?

— No sé, pero ¿y si pedimos pizzas y nos vamos directamente para los pubs ya cenadas?

— Pues mejor, así no tengo que arreglarme a toda pastilla.

— Estoy pensando en ponerme un short negro que me compré ajustado por encima de las rodillas, con una camiseta del mismo color y las sandalias de tiras también en negras, las de medio tacón agarradas al tobillo.

— Pues sí, vas a estar cañera.

— Tú sí que eres cañera — le saqué la lengua en plan burla.

Pedí las pizzas un rato después y nos metimos en la ducha, ella en la de abajo y yo en la de arriba, así que cuando llegó la cena solo nos faltaba peinarnos y maquillarnos.

El de arreglarnos juntas era un ritual que yo adoraba y uno de los grandes momentos de la semana. Lo de tener pareja estaba sobreestimado, pues la vida de soltera tenía gran cantidad de

encantos. Yo cada vez la apreciaba más.

— Joder, como sigamos comiendo porquerías los viernes, verás el culo.

— Pero si es el único día que lo hacemos — me salió un resoplo.

— Yo me veo un culo que ya verás el bikini nuevo que me compré.

— No seas exagerada, Lidia.

— Pero mira — se levantó y se giró para enseñarme el culo.

— Quita, quita, tienes una silueta espectacular, come y calla — negué mientras hacía un volteo de ojos de incredulidad.

Un rato después ya estábamos listas, ella con su vestido negro y yo con el conjunto que le comenté, con el que me sentía de lo más estilizada.

Nos fuimos hacia uno de los pubs que estaban a pie de playa y disponían de unas terrazas de madera sobre la arena. Por la noche suponían todo un espectáculo, por lo concurridos y animados que se ponían.

— Joder, mira quiénes están ahí, ¿flipas o no flipas?

— No me lo puedo creer ¿son los hermanos Ruz?

— Y tanto, joder, ¿no ves que no han cambiado? Eso sí, sus cuerpos están más definidos, no veas lo buenorros que se pusieron, si antes ligaban, ahora lo tienen que petar.

— ¿Cuáles eran sus nombres? Es que no me salen y los tengo en la punta de la lengua.

— Mateo y Marcos.

— ¡Hostias! Tienes razón, joder ¿y dónde habrán estado todo este tiempo?

— Pues ni idea, pero vamos, que lo mismo estuvieron en la ciudad y no coincidimos nunca, pues anda que no hay gente que no nos encontramos desde hace años.

— También es verdad — reí mirando hacia los hermanos, que estaban en una mesa un poco más alejada.

— Espera aquí que los traigo.

— Lidiaaaa — murmuré en voz alta, pero nada, corrió hacia ellos y, en un periquete, estaba saludándolos de lo más simpática.

Acto seguido, ya venían copas en mano a apoyarse en la mesa alta que teníamos cogida nosotras.

— Qué de tiempo — dijeron sonrientes, dándome dos besos.

— Sí — sonreí emocionada, en el fondo me hacía ilusión verlos de nuevo después de tanto tiempo.

Nos estuvimos poniendo al día. Se mostraban muy dicharacheros, realmente siempre lo habían sido. Se dedicaban a la construcción, tenían su propia empresa y les iba genial. Yo había pasado cientos y cientos de veces por su puerta, pero jamás los vi. Ellos no se habían movido de la ciudad, aunque vivían y trabajaban en la parte opuesta a mí.

Tiempo atrás me gustó Mateo, me parecía atractivo y muy interesante, seguía libre. Por el contrario, Marcos había estado pillado, pero se acababa de separar después de tres años de matrimonio con Susana, la que fue su novia de siempre y nosotras conocíamos.

Lidia se mostraba cien por cien bromista y yo quería que la tierra me tragara, aunque Mateo y Marcos se lo estaban pasando pipa escuchándola.

En un momento determinado, ella se puso a hablar con Marcos y Mateo se giró hacia mí, sonriendo.

— Así que te va genial en tu empresa digital...

— No puedo quejarme — encogí mis hombros mientras movía la copa con la cañita.

— Siempre fuiste muy creativa, además de emprendedora.

- Tampoco te quedaste detrás.
- Bueno, pero lo mío es distinto.
- Pero tienes la capacidad de saberlo gestionar.
- Eso sí — sonrió con esa dentadura blanquísima que brillaba a kilómetros.

Nos comenzaron a invitar a cubatas. Cuando nos dimos cuenta Lidia y Marcos estaban bailando salsa animadamente mientras que nosotros seguíamos charlando plácida y relajadamente.

— Lidia no cambió nada, está igual que siempre — era una forma fina de decir que mi amiga seguía estando como una cabra.

- Pues ya está mejor — reí — ya sabe hasta medio comportarse.
- Tú siempre fuiste más tranquila...
- Bueno, tampoco te creas, las mato callando.
- No me lo creo...
- Mejor, mejor — solté una carcajada.
- Y tus padres eran profesores, ¿no?
- Siguen siéndolo — aunque mi madre pidió una excedencia de tres años hasta que mis hermanos entraron en el colegio.
- ¿Tus hermanos?
- Tengo dos hermanos mellizos, Óscar y Nuria, de cinco años.
- ¿En serio?
- Ajá...
- Entonces dejaste a tus padres distraídos cuando te independizaste.

— Totalmente, aunque yo los alivio muchos sábados que los recojo y me los llevo para que ellos descansen hasta el domingo o salgan a cenar, tomar algo y eso.

— ¿Y los peques contigo...?

— Tienen pasión, los dos, lo que pasa que Óscar es más independiente y Nuria es más pegadiza, por eso de ser chica y querer imitarme en todo.

— ¿Y entre ellos?

— Se adoran, pero se matan a la vez, aunque jamás llegan a las manos, solo se enfadan o se dicen cuatro cosas, pero de ahí no pasan.

— Entonces genial, me lo imagino y me muero — se puso la mano en la cara, riendo.

— Mañana vamos a comer a casa de mis padres Lidia y yo, seguramente luego se nos enganchen y se vengán con nosotras a dormir al apartamento.

— ¿Pero Lidia no vivía con sus padres?

— Sí — reí — Pero los viernes solemos salir y luego se queda en mi casa, restableciéndose hasta el domingo.

— No me puedo creer que no salgáis mañana...

— No, con un día tenemos para toda la semana ¿Sales siempre los dos días?

— No salgo ni uno — nos echamos a reír — A mí, desde que me independicé, me gusta disfrutar el fin de semana de otra manera. Salir a comer, a tomar algo por la tarde, pero la noche me quedo en casa. Lo que pasa es que claro, mi hermano se acaba de separar, me sugirió salir y no podía decirle que no. Menos mal que os encontramos, de lo contrario pintaba la noche muy aburrida — río.

— Pues yo creo que a tu hermano se le quitaron rápido las penas — resoplé mirando lo pronto que Lidia se había enganchado al cuello y, por ende, a la boca de Marcos.

— No me lo puedo creer, esta tarde llorando y ahora... — negaba incrédulo.

— Le duró poco el llanto — no podía dejar de reír, me dolía hasta el costado.

— Ya te digo, como mañana me venga con las penas lo harto a hostias — no dejaba de negar, mirándolos.

Seguimos charlando y a las seis de la mañana ya se acercaron a nosotros. Los miramos aguantando la risa, pero la cara de mi amiga mirándome de forma pícaro me hizo estallar y no reí, sino carcajeé.

— Que dice que mañana se viene al chalet de tus padres a comer el arroz — dijo Lidia señalando a Marcos.

— Pues como vaya este, yo no me quedo en tierra — bromeó, haciendo un gesto Mateo.

— Invitados estáis, solo tienen que echar dos puñados de arroz más y si os acordáis bien de mis padres, sabéis que seréis muy bien recibidos — saqué los dedos en plan victoria.

— Pues vamos a ir — no tardó Marcos en dejarlo claro.

— Eso, eso, fiesta, fiesta.

Miré a Lidia y me tuve que echar a reír. La que me había caído con ella ese fin de semana. Nuevo amor en su vida, ya me conocía la historia, ahora diría que estaba enamorada, que había supuesto un flechazo el volverlo a ver, que si tal o que si cual.

Nos acompañaron hasta la puerta de mi apartamento y quedaron en vernos en la puerta de la casa de mis padres el día siguiente a las dos.

Le puse un mensaje a mi madre antes de dormir advirtiéndola de que iban Marcos y Mateos. Ya lo leería cuando se levantara, dormía con el móvil silenciado. Para cualquier urgencia la tenía que llamar al fijo.

— Me he enamorado — se tiró a un lado de la cama de un salto.

— Más vale que te duermas si no quieres que te mate — apagué la luz advirtiéndole que quería dormir.

- Desde luego que tener amigas para esto...
- Me conozco la historia.
- ¡Envidiosa! — exclamó riendo.
- Será eso — negué sobre la almohada.
- Pero vamos que a ti se te veía babeando con Mateo.
- ¡No me digas!
- Tonta — reía.
- ¡A dormir!

Y parecía que, a pesar de ese ataque de risa, por fin se iba a callar de una vez. Nos quedaban pocas horas antes de ir a comer a casa de mis padres.

Capítulo 2



— Me muero — decía dando arcadas a un lado de la cama.

— Normal, te bebiste hasta el agua de las macetas — negué — Voy bajando y preparando dos cafés, mis padres nos esperan.

— Y mi novio y mi cuñado...

— Anda, anda, es para correrte a hostias — resoplé mientras bajaba por las escaleras.

Ya la conocía perfectamente y sabía que sus próximos días los dedicaría a hacer ver que se había enamorado locamente de Marcos, hasta que de repente pasara algo y dijera que era su mayor error ¡Anda que no me conocía bien el cuento!

Preparé el desayuno a las doce de la mañana. A las dos teníamos que estar en casa de mis padres y quería espabilarme tranquilamente.

Lidia no tardó en bajar con su mano en la frente como si se estuviera muriendo.

— Anda, siéntate — negué riendo mientras la miraba.

— Todo me da vueltas...

— Ahí tienes la pastilla y el agua, tómatela y en veinte minutos estarás nueva.

— Tengo novio, no me lo puedo creer — decía agarrando la taza de café con la mirada perdida.

— Si, novio, esa es la palabra — volteé los ojos.

— ¿Celosa?

— Un montón, no sabes cuánto — la miré, riendo incrédula.

— ¿Y por qué no te liaste con Mateo?

— ¿Por qué tendría que haberlo hecho?

— Porque se nota que te gusta, no entiendo cómo puedes ser tan mármol.

— Ni yo cómo puedes ser tan cotilla. ¿Me vas a dar el desayuno? Joder, menos mal que tienes resaca, madre mía...

— Pesada eres hija, desde luego que tienes menos aguante... — su cara era de asco total y yo le iba a tirar el café en la cabeza.

— Desayuna y calla...

— Verás, la jefa.

— No soy jefa, pero tú eres de lo más pesada — volteé los ojos.

— Qué poco crees en el amor — reía negando.

— Poquísimo, tengo mis...

— Seis razones — soltó una carcajada.

— Pues eso — le hice un gesto con la mano en mis labios para que se callara.

Mira que la quería, que para mí era la persona más importante del mundo después de mis padres y hermanos, pero la jodida era de lo más plasta cuando creía haberse enamorado y con la agravante de que en solo unos minutos. En esos casos no tenía límites.

Terminamos de desayunar, nos duchamos, nos vestimos y para casa de mis padres.

Al llegar vimos aparcado el coche de Mateo y Marcos. Nos acercamos a ellos, que nos sonreían felices.

Estaba guapísimo Mateo, esa era la verdad, pero bueno, ni pensar quería en aquello. Ya tenía

claro que mi salvación pasaba por encontrarme a mí misma sin necesidad de ningún hombre, aunque por supuesto me alegraba tenerlo como amigo en mi día a día.

Llamé a la puerta y salió mi madre sonriente. Nos saludó a todos y pasamos al jardín donde estaba mi padre tomando un vino y viendo jugar a mis hermanos, que corrieron hacia nosotras y se quedaron mirando a esas dos caras que no conocían.

Mis padres se acordaban de ellos, así que los recibieron con mucho cariño y no tardaron en poner unos entrantes, además del vino.

— Hoy nos vamos con vosotras — decía Óscar mirando a Lidia.

— Pues me parece una idea genial — respondió ella haciéndose la pensativa.

— Mejor me parece a mí, así esta noche salgo con tu padre a cenar y tomar algo.

— Claro mamá, yo me los llevo, hoy no vamos a salir...

— Claro que no vamos a salir — intervino Lidia — Y no comprendo cómo puedo estar con esta copa de vino en mis manos — nos hizo reír a todos.

— Yo tampoco — voltéé los ojos, era para alucinar el aguante que tenía y eso que hacía un rato decía que se estaba muriendo. Menos mal...

Marcos no dejaba de jugar con los niños al igual que Lidia. A Mateo también le encantaban, de hecho, le apasionaban, pero era mucho más tranquilo que su hermano y no dejaba de charlar con mis padres del trabajo y muchas cosas más. Daba la imagen de ser la paz personificada.

Mi padre hablaba, pero no perdía ojo a la que estaba liando Lidia en la cara de mi hermana, maquillándola, y no podía dejar de reír.

— Soy modelo — dijo Nuria viniendo hacia la mesa.

— *Wow* hija, te maquillas mejor que yo — le contestó mi madre poniendo las manos en el pecho y metiéndose en situación.

— Me maquilló Lidia — reía con sus manos juntas, muy nerviosa.

— Ah bueno, entonces tenemos una maquilladora excepcional para que nos deje monísimas para los eventos — mi madre tenía una paciencia increíble y se ponía en el lugar de los peques siempre.

Al rato, mi padre comenzó con los preparativos de la paella. Ya tenía todo listo y puesto el fogón en el jardín donde comenzó a prepararla con Mateo, que le daba charla y lo iba ayudando.

Yo me quedé sentada con mi madre viendo cómo Lidia y Marcos estaban tirados en el jardín jugando con los niños.

— Lidia es tremenda, cómo le gustan los niños.

— Mamá, ella es una niña metida en el cuerpo de un adulto — reí.

— Es muy graciosa.

— Lo es, lo es — recordé el por saco que me dio por la mañana y no pude evitar reírme.

— Esta noche estamos pensando en ir a cenar al japonés nuevo.

— Pues hacéis muy bien, todos hablan genial de ese sitio.

— Sí, así es, muchos compañeros del trabajo han ido ya.

— Yo pedí sushi la semana pasada y noté que era de muy buena calidad, por no mencionar la presentación, que era excelente.

— Pues listo, esta noche lo visito con tu padre, así me despejo un poco.

— Claro, yo me encargo de los niños, les haré pizza de la que tanto les gusta.

— Genial, hija. Por cierto, es muy lindo Mateo.

— Mamá...

— No te estoy diciendo nada malo — sonreía.

— Ya lo sé, pero que yo no tengo ganas ahora de una relación, estoy viviendo un momento

extraordinario sola.

— Te entiendo, pero una no puede decidir cuándo llega el amor.

— ¿Y quién dijo que es amor?

— Hija, por la forma en que le miras... Soy tu madre y te conozco muy bien.

— Vaya, pues no vi nada especial en mi mirada — di un trago a la copa de vino dudando si habría algo de cierto en lo que estaba diciendo.

— Yo sí, créeme que sí y además a él también se lo noté. Se ve muy buen chico.

— Lo debe ser, pero ya te digo que no me voy a dejar llevar ahora mismo por unas emociones que ni busco, ni quiero.

— Bueno, el tiempo es el que decide todo a su debido momento.

— El tiempo a veces es un capullo que pone personas en nuestro camino que deberían permanecer bien lejos — solté una carcajada y mi madre me miró sonriente mientras negaba.

— Yo no me quería enamorar de tu padre y mira...

— A mi padre no lo podías dejar ir, no conozco un hombre mejor que él.

— Tienes razón, es lo mejor que me pasó en la vida, pero ¿quién quita que Mateo también lo sea?

— Ya empezamos — me levanté riendo y me fui hacia donde estaban preparando la paella. Por supuesto mi madre vino detrás.

Mateo me miraba sonriente mientras charlaba con mi padre. Se notaba a las claras que se caían muy bien y que compartían puntos de vista y aficiones.

Nuria se reía a carcajadas con Lidia y Óscar tenía todo un cuerpo de seguridad montado en el jardín con Marcos, que colocaba todos los coches de policía y bomberos en orden, como si fueran un parque de vehículos.

Era un sábado perfecto, además brillaba el sol bastante. Corría el mes de junio y ya faltaban

pocos días para que comenzaran las vacaciones escolares, circunstancia que a Óscar lo tenía de lo más feliz, pero a Nuria la ponía triste, pues decía que ella se lo pasaba muy bien con sus compañeras de clase.

Si algo tenía claro es que a mis padres las vacaciones les venían como anillo al dedo, ya que no trabajan ni julio, ni agosto. Era lo que más envidiaba de sus trabajos, esas vacaciones que disfrutaban en los períodos más destacados del año.

La paella quedó para enmarcarla. Los chicos no paraban de decir lo que les había impresionado la mano que tenía mi padre. Y es que sí, siempre le encantó la cocina, algo que le vino estupendamente a mi madre, a quien no le gustaba tanto.

Después del almuerzo Mateo nos dijo de salir un momento, sin comentarnos para qué. Un rato después apareció con una bandeja de dulces para el café. He de reconocer lo mucho que me agradó comprobar que si algo tenía era saber estar y generosidad.

Sobre las ocho salimos todos de allí y los chicos quedaron en que al día siguiente aparecerían por el portal de mi casa para venirse con nosotras, además de con los niños, a un sitio de comida rápida de esos que tanto les gustaban a los peques.

Me monté en mi coche con Lidia de copiloto y los niños detrás, emocionados por venirse a mi casa. Les fascinaban esos planes, ya que disfrutaban mucho cuando lo hacían y comenzaba lo que para ellos era una especie de aventura.

Sabían que íbamos a hacer pizzas, así que se cambiaron rápidamente para ponerse sus pijamas de verano y se vinieron a la cocina a ayudarnos a elaborarlas.

— Me gustan esos novios para vosotras — dijo Nuria para mi asombro.

— Me la como — no tardó en responder Lidia ante la risa de Óscar, que tenía las antenas puestas con su sonrisita de pícaro.

— Dejemos el tema de los novios, que yo no tengo de esos...

— Buenooo, ya verás lo que tardas — los niños rieron por la forma en que Lidia lo dijo.

— ¿Y vosotros de qué os reís, mocosos?

— Pues de que son vuestros novios — recalcó con gesto exagerado mi hermana.

— Si claro y *Superman* va a venir esta noche a por vosotros y os llevará al País de las Maravillas con Alicia — negué, riendo.

— Nada, no se da cuenta de que le llegó el amor...

— ¡Lidia! — reí a punto de matarla.

— ¿Qué? Ya me callo — negó ante la risa de los dos mocosos.

— Mejor, mejor — resoplé a punto de tirarle el bote de tomate por la cabeza.

Terminamos de hacer la pizza y la metí en el horno. Mi amiga se sentó en el salón a ver con los niños una película de Disney. No sabía quién tenía menos edad cerebral, si ella o los peques. En todo caso, disfrutaba con ellos como una enana y esos momentos sacaban una sonrisa a cualquiera que los viera.

Me quedé pensando un poco en Mateo. No podía negar que me había encantado el día a su lado. Ese chico era todo un derroche de paz, de agrado y elegancia. Por si eso fuera poco, era un caramelo para cualquier fémica que se preciara de serlo, pero yo no estaba por la labor de volver a caer. Me había costado mucho levantarme de los otros palos que los chicos me habían dado y es que había tenido una mala suerte con los hombres que hizo que ni volver a probar me apeteciera.

La pizza quedó perfecta, cuadrada, como nos gustaban, del tamaño el horno, fina y crujiente, al menos en eso coincidíamos los cuatro.

Tras la cena, durante la que Óscar y Nuria no paraban de discutir por decidir cómo sería el verano, como si fuera decisión suya, nos tumbamos en los sofás un rato a seguir viendo la peli. Lidia se acurrucó con Nuria y yo con Óscar, que se tumbó en mis piernas y no tardó en dormirse. Estaba agotado del día de juegos del que había disfrutado en casa de mis padres con los chicos. No lo esperaba y para él había sido espectacular, se lo había pasado bomba.

Cuando la pequeña se quedó dormida, los tapamos a ambos con unas sábanas y los dejamos en sendos sofás durmiendo. Habían caído en brazos de Morfeo y me encantaba ese momento, los

miraba y me daban ganas de comérmelos a bocados, eran tan monos y graciosos...

Lidia comenzó a hablarme sobre Marcos cuando nos metimos en la cama. No había duda de que estaba muy ilusionada con él, pero yo ya conocía a mi amiga en los asuntos del amor. Después no le duraban dos asaltos y desaparecía esa magia de la que me hablaba con tanta intensidad y que, como decía, le provocaba un revuelo de mariposas en su estómago.

Me costó dormirme pensando en Mateo y eso que no quería hacerlo, no quería romper esos principios que había forjado a base de palos...

Capítulo 3



— ¡Dame mi almohada!

— De eso nada, esa es la mía —Nuria lo miraba en plan mandona.

— Verás tú, que se está rifando un cate y se lo van a llevar esos dos enanos de ahí abajo — me sonrió Lidia, todavía en los siete sueños.

— Bajo yo, anda. Quédate tú a dormir un poco más —salí de la cama con más sueño que un canasto de gatitos.

— Pero ¿se puede saber por qué os despertáis siempre tan temprano? Me fui para ellos y les di un achuchón.

— ¡Cosquillas, no! ¡Cosquillas, no! —empezó a chillar Nuria.

Los adoraba, es que me los comía.

— ¡Qué guapa te has levantado, Sheila!

— Y tú qué zalamera, ¿se puede saber lo que quieres?

— Te lo digo yo, quiere que le pintes las uñas porque hay un niño de la clase que le gusta — Óscar no es que fuera chivato, es que vomitaba todo aquello de lo que se enteraba.

— ¿Es eso verdad, chiquitaja?

— Sí —reía ella y se ponía las manitas delante de la cara.

— Quiero mi Cola Cao, Sheila —pedía Óscar con la cabeza metida en su *Game Boy*.

— ¿Ya estás dándole a la maquinita? Mira que en mi casa no me gusta que estés con la consola —le reprendí.

— ¿Y qué voy a hacer si no? Esta es una casa de chicas —pensé en que el pobre tenía razón y me eché a reír.

Fui para la cocina a preparar el desayuno y enseguida tenía a Nuria detrás.

— Te ayudo Lidia —su sonrisita es que me volvía loca.

— Eso, eso, que te ayude la niña y me hacéis mi cafelito también —la voz de Lidia procedía de mi dormitorio.

— Sí, bonita, no vaya a ser que te hernies —chillé.

— Sí, sí, por eso prefiero no hacer esfuerzos —yo es la mataba, era una caradura total

Nuria me ayudó, con esa carita tan dulce y picarona que tenía. Le encantaba imitarme en todo. Mi madre decía que era una mini Sheila y yo no podía estar más orgullosa.

— ¡Lidia, el desayuno!

—Voy, voy, no hace falta que chilles, que no soy sorda...

—Por si acaso, que los niños tienen hambre...

—Vale, vale...

Se asomó a la zona de la cocina y ya traía a Óscar en brazos, que chillaba y pataleaba.

— En esta casa no hay quien duerma, esto es un sinvivir.

— Cuando están ellos aquí no, ya sabes que son los reyes.

- ¡Chincha! —corearon los dos, sacándole la lengua.
- Chincha os voy a dar yo a vosotros —hizo ademán de levantarse.
- Deja a los niños, por lo que más quieras y no me los revoluciones más.
- No si verás, ahora voy a tener la culpa yo...
- Lidia, yo quiero mis galletas de dinosaurios —pidió Óscar.
- Y yo mis Tosta Rica —le siguió Nuria.
- Y yo quiero... —soltó Lidia.
- Tú pan integral conmigo y ya vas en coche.
- Vale, vale...

Desayunamos entre risas. No cambiaría por nada del mundo aquellos momentos y encima en un rato veríamos a los chicos. Era innegable que el día anterior lo habíamos pasado de fábula. Yo no podía dejar de reconocer que Mateo me causaba un pellizquito en el estómago de lo más molón, lástima que perteneciera a la especie de aquellos a los que yo les aplicaba mis seis razones...

Y, por si faltaba alguien más, se unió al desayuno mi querido Tino, mi perrito, que era más vago que el fango y que no dormía más horas en el día porque no las había.

Mis hermanitos también lo adoraban, aunque solían quejarse de que Tino no quería jugar con ellos. Razón no les faltaba porque a Tino con lo único que le gustaba jugar era con la cama y con la comida, por lo que lo tenía que mantener a raya para que no se me pusiera fondón. Pero vamos, que él era así y no pensaba cambiar.

A las doce estaban los dos hermanos como clavos en la puerta. Venían guapos para reventar. Miré a Mateo y me regaló una de sus preciosas sonrisas, dignas de un anuncio de dentífrico. ¡Qué mono!

Nos dieron dos besos y me sorprendió lo rápido que Mateo se hizo con los peques, cada uno de

los cuales se cogió a una de sus manos. A decir verdad, Óscar y Nuria no eran niños que se mostraran así con todos los extraños, sino únicamente con los que les caían muy bien. Me hizo gracia. El día anterior había visto a Marcos jugando mucho con ellos, pero Mateo tenía también tela que mostrarme en ese sentido.

Lidia ya estaba charlando con Marcos y sus risas empezaban a sonar.

— No te quedes atrás, guapa —me miró Mateo y yo apreté el paso.

— Es que estaba viendo las buenas migas que hacen estos dos contigo.

— Claro, me encantan.

— Y tú nos gustas a nosotros —soltó Nuria con aquella vocecilla tan dulce, provocando la risa general.

— ¿Dónde vamos, chicos? —les preguntó Mateo.

— Al Burger King, que queremos jugar a las bolas.

— Pero eso será después de comer, ¿no? Porque aquí, el que no come, no juega —los miró él.

— Bueno, pero Lidia y Sheila nos dejan que demos un bocadito y corramos a las bolas, y luego otro bocadito y así —le contó Óscar.

— ¿Eso es verdad? —nos preguntó.

— Sí —respondí —Me temo que es muy difícil competir con el parque de bolas —reí.

— Esta, que es muy blandengue —espetó Lidia —Yo soy más sargento, por mí primero a comer y luego a jugar, pero son tres contra una.

— Bueno, bueno, ya salió la abogada de las causas imposibles —la miré con cara de advertencia para que no la liara.

— Nada, nada, ya me callo —ella sabía que yo con el tema de los niños no partía peras.

— ¡Chincha, chincha! —volvieron a corearle los dos.

— ¿Eso qué es? —les preguntó Mateo —Que a ver si nos aliamos los demás y somos tres contra tres.

— Pero si hay empate, Sheila manda como si fuera una madre, porque mi mamá siempre dice que le tenemos que hacer caso como a ella —Nuria era muy espabilada.

— Mira, qué lista la niña —me guiñó el ojo —Es de familia, ¿no?

Por favor, qué guiño más seductor el suyo, esperaba que no hubiera muchos más así porque yo iba a hacer un charco por el camino.

Llegamos y todavía era pronto para almorzar, así que los niños se fueron directos para la zona de juego.

— ¡Vaya dos bichos que están hechos! —soltó Marcos, nada más llegar a la mesa.

— Sí, sí, tienen tela, son mortales.

— Bueno, tienen a quien salir —me miró Mateo, de lo más gracioso.

— Estás insinuando que yo...

— No lo insinúo, lo afirmo.

— Y tú también —miró Marcos a Lidia.

— Mira, mira, Sheila, aquí se van a poner los dos como hermanitas de la caridad ahora, y tú y yo los bichos. Espérate que les voy a decir yo... —carraspeó.

— No hace falta, era una broma —se apresuró a decir Mateo, que era bastante menos atrevido que su hermano.

— Déjala, déjala, que a mí me gusta... — hizo una pausa apostó Marcos — escucharla — terminó de decir.

— Pues claro que te gusto, empanado —le tiró ella con una servilleta que había sobre la mesa, haciendo una bola, demostrando que había cogido su doble sentido.

— Mírala ella qué puntería tiene —le había dado en todo el ojo.

— Y porque no nos dejan meternos ahí con los niños que, si no, os ibais a enterar de lo que son bolazos bien dados.

— Chicos, se ha levantado guerrera. Yo no sé, pero de vosotros procuraría no provocarla demasiado —reí.

— Deja, deja, yo quiero ver a esta fierecilla en acción —la provocó Marcos.

— Sí, sí, ya me imagino yo en qué acción te gustaría a ti verme —le soltó un beso, aprovechando que los niños estaban a lo suyo.

Nos pedimos una cerveza para ir abriendo boca y los peques vinieron enseguida a decirnos que tenían hambre.

—¿Qué queréis comer? —les preguntó Mateo.

—Bueno, bueno, ahora viene la madre de todas las polémicas —reí.

—¿Polémica? —me miró él —Espero que ninguna o estos dos jovencitos se quedan a pan y agua.

—¿A pan y agua? —corearon.

—Eso es, lo habéis entendido a la primera, porque eso es lo que comen los niños caprichosos —les comentó él mientras sentaba a cada uno en una de sus piernas.

Yo lo tenía enfrente y la escena es que me parecía de lo más tierna. Encima, por favor, con esa anchura de torso que tenía, ¡qué calor! Lo mejor del caso es que los niños se miraron entre sí, un tanto descolocados.

— Yo ya sé lo que quiero —dijo Óscar de lo más decidido.

Lo miraba y no podía creerlo, ¿era mi Óscar o me lo habían cambiado? Con la de vueltas que él solía darle al asunto y ese día nada. Y esas no iban a ser todas las sorpresas.

Lidia me miró y puso carita tipo, “¿lo ves?” y yo le saqué la lengua.

— Pues yo quiero lo mismo que mi hermano —siguió diciendo Nuria, causando también mi expectación.

— Pues mira qué bien —dije yo —Todo arreglado. Yo voy a pedir. Decidme los demás lo que queréis.

— Yo voy contigo —se ofreció Mateo de lo más caballeroso.

Marcos y Lidia se quedaron en la mesa y yo fui a pedir con Mateo. Se empeño de todas, todas, en que tenía que pagar él y yo le dije que de ninguna manera.

— A ver cómo te lo explico, ayer nos invitaron tus padres a comer.

—¿Y?

—Y yo le debo una invitación a la familia, por tanto.

—¡Anda ya! Mis padres lo hicieron totalmente de corazón, de veras que no os debéis nada.

—Vale, pues digamos entonces que es que hoy me apetece hacerlo.

—Bueno, pero otro día pago yo.

—Ya veremos, otro día no existe, Sheila, solo existe el presente—rio, zafándose de mi invitación.

Buena filosofía de vida, lástima que yo fuera más de comerme el coco, pero veía que Mateo era un chaval con las ideas muy claras. En un momento dado, mientras estábamos esperando las bandejas, apoyados en la barra, su mano rozó la mía y yo sentí un bonito escalofrío.

Cogimos la comida y nos fuimos para la mesa de fuera, donde estaban sentados el resto.

—Ahora vengo—se dirigió a los peques y los trajo de la mano.

—¡Vamos a lavarnos las manos! Nos lo ha dicho Mateo—Nuria se contoneaba de lo más graciosa. Me daba a mí que, con eso de imitarme en todo, también le estaba gustando a ella...

Salieron del baño y, lo típico, dos bocados y querían salir corriendo...

—¡Alto ahí! —les señaló.

—¡Eso, alto! —hizo otro gesto similar Marcos, que también era muy simpático con los niños y le encantaba buscarlos y hacerle bromas, aunque lo de Mateo con ellos ya era una pasada.

—Hermano, ¿qué podemos ofrecerles a estos niños si comen en la mesa hasta el final del postre? —preguntó Mateo.

—Pues yo creo que igual les gusta jugar a “piedra, papel o tijera”.

—¿Qué es eso? —preguntaron ellos.

Los hermanos se lo explicaron y estuvieron conformes. No los había visto nunca comer más formalitos.

Después del almuerzo, jugamos todos y a ellos les encantó. Un rato después, pensamos en ir a un parque cercano, donde había una terraza con unas mesas. Así los niños jugarían y nosotros podríamos charlar. Hasta allí llegaron los dos de la mano de Mateo.

Cuando los peques se fueron a jugar, dando saltos y carreras, Marcos nos sorprendió con una propuesta.

—Chicas—carraspeó—Estábamos pensando mi hermano y yo que, si no tenéis planes, el fin de semana que viene nos podríamos ir al camping “El Encinar” que lo han reformado y lo han puesto que es una pasada.

—Por mí genial—aceptó Lidia, corriendo. Ella lo que fuera por estar cerca de Marcos, se estaba colando por él hasta el tuétano.

—Yo también lo veo bien—pensé que sería una idea muy divertida.

—Pues entonces, no se diga más. Nosotros nos encargamos de absolutamente todo. Vosotras solo tenéis que llevar vuestras pertenencias y honrarnos con vuestra preciosa presencia.

Me hizo mucha ilusión aquel plan inesperado. Una cosa es que yo no quisiera una relación seria y otra que no me gustara sacarle todo el jugo a la vida. Seguro que lo pasaríamos sensacional.

A media tarde, dejamos a los niños en casa de mis padres y nos fuimos con ellos a tomar algo. Finalmente, nos convencieron para que cenáramos los cuatro, de forma que nos dejaron en mi casa ya tarde, quedando en vernos el viernes siguiente.

—Quédate si quieres y ya te vas mañana, petarda—le propuse a Lidia cuando subió por sus cosas.

—No, no, deja, deja, que mañana ya hay que trabajar y tengo que cambiar el chip. Cojo mis cosas y vuelo, que bastante tengo con lo que me va a costar coger el sueño.

—Ya, ya, porque te has enamorado y bla, bla, bla...—reí.

—Precisamente por eso, y si a ti no te ha pasado, te fastidias, por negativa que eres—me hizo una burla, salió de mi casa y la perdí de vista.

Y el caso era que sí, que me habría vuelto muy negativa con los hombres, pero al meterme en la cama se me dibujó una sonrisa en la cara pensando en Mateo.

Capítulo 4



La alarma de mi móvil avisaba de que era hora de levantarse, lavarse la cara, desayunar y ponerse las pilas en las redes.

Me preparé un café intenso, eso sería lo que me devolvería a la vida en unos momentos donde el sueño era más fuerte que cualquier otra cosa.

Me acordé de mis adorables hermanos, unos torbellinos que estarían en esos instantes entrando en el cole. Eran mi vida, siempre tenía ganas de tenerlos más conmigo. Tenía muy claro que, si a mis padres les hubiera ocurrido algo, que gracias al cielo que no, a mí no me hubiera importado criarlos. Eran dos monerías de chicos, eso y que yo moría de amor por ellos.

Observé el salón mientras sostenía la taza y pensaba. Cada día estaba más enamorada de mi apartamento, con esa luz, todo tan cuidado y cuqui, no podía ser más feliz allí.

Me puse toda la mañana a trabajar, mientras cayeron unos cuantos cafés. A la hora del almuerzo me preparé una ensalada, además de una tortilla a la francesa. No tenía demasiada hambre, así que un poco de cada y listo, a seguir trabajando hasta las seis, esa era la hora a la que terminaba normalmente, salvo los viernes, que a las dos cerraba el chiringuito y hasta el lunes. Los fines de semana no los perdonaba, eran míos.

Cuando terminé de trabajar me cambié de ropa y me fui al super, no sin antes pasar por el bar de mi amiga Noelia, otra que estaba peor que Lidia, pero la conocía desde pequeña y la adoraba.

— Pensé que te habías trasladado a otra ciudad — salió de detrás del mostrador para abrazarme.

— Entre el trabajo, mis hermanos y la poca vida social que tengo, se me pasan los días — sonreí mientras la abrazaba.

- Tranquila, siéntate ¿Un refresco cero?
- Sí, por favor, necesito un *kit kat* antes de ir a hacer la compra.
- Yo necesito diez de esos, pero no tengo tiempo ni para respirar, se lleva mi vida el dichoso bar.
- Pero te va muy bien y cuentas con mucho personal de refuerzo en las horas fuertes.
- Pero no valgo para cogerme un día, pienso que, si no controlo, todo se irá al garete...
- Deberías aprender a delegar...
- Eso me dice todo el mundo, pero no hay manera, así que ya me veo toda mi vida viviendo para trabajar.
- Pues deberías trabajar para vivir.
- Ya hija, se me pasará el arroz, como para echarme una pareja.
- Pues eres muy joven para pensar así.
- Pero hay muchas razones que me impiden hacer una vida fuera de aquí — negaba con un poco de rabia por ser así, ella misma sabía que no era la forma, pero no podía evitarlo.

Después de tomar el refresco, que como siempre no me permitió pagar, me despedí de ella hasta otro día. Cuando iba a comer sí pagaba, pero no había forma de hacerlo cuando lo único que tomaba era un refresco.

Entré en el supermercado y cogí un carro. Mi nevera pedía a gritos ser llenada hasta arriba, estaba que temblaba así que hice la compra semanal, sin pasarme, ya que el fin de semana nos íbamos a ese camping con los chicos. A decir verdad, me emocionaba mucho la idea de pasar un fin de semana de desconexión total.

Mi padre vino a mi casa justo cuando estaba guardando la compra, como siempre venía con una bolsa de envases con comidas que había preparado para la semana y me traía raciones para que comiera bien, como decía él, a base de cuchareo y no de porquerías.

Se tomó un café mientras charlaba conmigo. Le daba igual que fueran las ocho de la tarde, pero su café acompañado de una buena charla no le podía faltar.

Me estuvo comentando que quería irse con mi madre en breve unos días por algún país de Europa. Le comenté que debían hacerlo ya que a los niños los llevaban durante el verano a muchos sitios, que reservaran algo para ellos y que yo me quedaba con mis hermanos.

Mis padres sabían que conmigo se podían ir de lo más tranquilos, que cuidaría a mis hermanos tanto como ellos, aunque a veces decían que mucho más, ya que yo los entretenía mucho y me volcaba constantemente. Claro, yo no los tenía veinticuatro siete como ellos y eso cansa más, marca otro ritmo.

Se despidió de mí y se marchó para su casa a cenar, quedé que un día de esa semana cenaría allí.

Me preparé un sándwich vegetal, no tenía muchas ganas de pringarme en otra cosa, además que por la noche me gustaba cenar lo más liviano posible.

Lidia no paraba de hablarme por chat de las ganas que tenía de que llegara el viernes. Me estaba poniendo hasta nerviosa a mí, no había quien la callara y eso que yo estaba viendo una película, pero no me dejaba concentrarme.

Mateo me mandó un mensaje deseándome las buenas noches, no me lo esperaba, pero me sacó una sonrisa. Le respondí de igual manera, hasta con el emoticono del corazón en el labio.

Eso me dejó ya más tonta de lo que me estaba volviendo ¿De verdad, Sheila? No podía creer que me estuviera fallando a mí misma otra vez, no podía ser que otro hombre me volviera a sacar la más tontas de mis sonrisas ¿En qué momento quedaron atrás todas esas razones que me repetía sin cesar?

En ese momento me llegó otro mensaje de Lidia diciendo que la estaba ignorando de nuevo, que me deseaba buenas noches y que durmiera con remordimientos de conciencia por no comprender a mi mejor amiga ¿no era para darle una colleja? Ni me había dejado ver la película en paz y me decía que la ignoraba, en fin, menos mal que la quería y mucho.

Me costó coger el sueño. Seleccioné una emisora de radio de fondo en la hablaban sobre las

pirámides de Egipto, un tema que me fascinaba. Es más, estaba loca por ir a visitar ese país con tanta historia y plagado de unos misterios que yo pensaba que nunca se iban a resolver.

Por la mañana la música del despertador volvió a avisarme de que debía de mover el culo, así que manos a la obra y a por mi café intenso.

Respira e inspira y no la mandes a la mierda, pensé al leer ese mensaje de Lidia en el que me preguntaba si pensaba que Marcos iba a ser el amor de su vida.

Le respondí con toda mi ironía que por supuesto lo veía como el amor de su vida, como el padre de sus cuatro hijos, que adoptarían dos perros y que intuía que en menos de un año estaba casándose embarazada.

Miraba al chat viendo cómo los puntos suspensivos moviéndose me indicaban que me estaba contestado y conociéndola sabía que algo no muy bueno.

Como decía mi madre se cagó en todos mis vivos y muertos, además de decirme que me iba a poner dos velas negras en el amor, como si me hicieran falta, con ellas o sin ellas siempre me había ido de pura pena.

Me quedé toda la mañana riendo, recordando su respuesta, es que era para matarla ¿Qué amor de su vida? Así le iba a ella también, ponía las expectativas de lo más altas y luego se le caían de golpe, aunque mi amiga había tenido relaciones serias, pero bueno, que más de lo mismo.

Esa mañana una empresa me estaba tocando las narices con una publicidad masiva de un día para otro. No me gustaba que me avisaran de manera precipitada, pues tenía que preparar todo y era muy meticulosa para mi trabajo. Las prisas no eran buenas, pero como era una de las más importantes que llevaba, no podía decirles que no, así que me puse a trabajar todo el día a toda hostia. Solo paré un momento a la hora de almorzar y tiré de las raciones que me había traído mi padre el día anterior.

Terminé a las siete, por más que corrí no había forma de verle fin y tuve que echar una hora extra. Cuando ocurría eso me mataba, yo era muy cuadrículada en mi trabajo para acabar a la hora que tenía planteada como máximo.

Lidia me llamó justo cuando andaba saliendo para dar una vuelta y ver alguna tienda, así que

me dijo de unirse.

Quedé con ella en la puerta de una que me encantaba, llena de ropa muy actual a buen precio y de un estilo muy urbano.

Eché una primera visual y me paré ante unos vestidos negros camiseros muy chulos, por encima de la rodilla, sueltos, con un pliegue en las mangas y un dibujo brillante de unos labios rojos en medio. Me encantaba, al igual que una camiseta de tirantes muy fina para combinar con falda o pantalón para salir una noche.

Mientras pagaba apareció Lidia dándome una colleja por detrás.

— *Auch*, tú y tu sutil forma de saludar — le di dos besos.

— Niña, ni que te hubiera dado fuerte — abrió mi bolsa para cotillear qué me había comprado.

— Me mola, esto queda chulísimo y si te lo pones con unas sandalias y un cinturón, queda lo más *chic*.

— A mí me vas a dar tú clases de estilo — reí, negando mientras salíamos de la tienda.

— Ven, vamos por aquí, quiero pasar por la tienda de *Pandora* y comprarme un *charms*.

— Ah pues yo también, para la pulsera nueva, hace mucho que no le añado nada y esa apenas tiene cinco.

Entramos en la tienda y las chicas que nos conocían nos saludaron amablemente.

Nos pusimos a ver los nuevos que habían traído y yo me decanté por uno de un niño y una niña, era como si fueran mis hermanos así que no dudé en comprarlo, sabía que les haría mucha ilusión ver colgado eso sobre mi pulsera.

Lidia salió con dos, al final sabía yo que caía, cada vez que veníamos salía con un par, era la fan número uno de esa firma y sus pulseras.

De allí fuimos a una tienda de juguetes que les gustaba a mis hermanos. Quería comprarles algo, ese día estaba inspirada y con ganas de quemar tarjeta, debía ser el estrés que había sufrido.

A Óscar le compré un tractor amarillo de aluminio, no muy pequeño, se iba a volver loco. A Nuria le cogí en la tienda de al lado un bañador de *Frozen*, como todas las niñas seguía a tope a ese personaje.

Ya puestas nos fuimos a una tienda de lencería y aproveché para comprar un par de conjuntos, por supuesto que Lidia salió con al menos cinco, decía que tenía que volver a impresionar, estaba colada por Marcos.

— Te juro por mi vida que tenía unas ganas de hacer esto de ir de tiendas... — tiró de mí para entrar en una zapatería.

— Ya veo y eso que era yo la que me iba de compras — volteé los ojos entrando en la tienda.

— ¡Envidiosa! — soltó una carcajada — Qué sandalias rojas más monas, por favor — fue hacia ellas y sabía yo que ya eran suyas.

— Sobre todo, envidiosa — negué mirándola con ganas de clavarle el tacón en la cabeza.

Al final hasta yo me quedé prendada por unos zuecos preciosos, esos le pegaban al vestido camisero que me había comprado, eran de madera y con la parte de delante con una tira gruesa de cuero con una flor del mismo color y material.

De allí nos fuimos a otra tienda a ver *leggings* vaqueros de lycra que quedaban de muerte y además es que me encantaban.

Al final íbamos cargadas de compras, como nos gustaba de vez en cuando, todo no iba a ser trabajar, además que ¿a quién no le agrada estrenar alguna prenda?

Terminamos en una pizzería cenando...

— Ya queda menos para el viernes, qué ganas de que llegue — suspiró.

— No queda nada, ya se va el martes para dar paso al miércoles así que espero como tú que

pase rápido.

— Me encanta Marcos y me escribe cada cosa...

— Anoche me dio las buenas noches, Mateo — se me escapó una sonrisa.

— ¿Solo las buenas noches?

— No, me mandó mil euros para irme de compras, no te jode — negué, riendo.

— Hija, lo mismo te pudo decir que te desea o te echa de menos — resopló.

— Sí claro, o que soy el amor de su vida — negué, riendo mientras cogía una porción de pizza.

— Pues sí — decía convencida y a mí me daban ganas de tirarle la pizza por la cabeza.

Estuvimos un rato charlando y quedamos en vernos ya el viernes. Al día siguiente quería ir a cenar a casa de mis padres y pasar la tarde con mis hermanos, de paso llevarles los regalos que les harían mucha ilusión.

Llegué a casa y me costó la vida subir a mi dormitorio, me quedé en el sofá relajada un rato con las bolsas alrededor, pero es que ese día estaba agotada, sobre todo mentalmente, que era lo peor.

Recibí un mensaje de Mateo dándome las buenas noches y me puse muy nerviosa y sonriente ¿Cómo podía sucederme eso? Le contesté de la misma forma...

Subí al dormitorio y me acosté, ni me puse el pijama, me quité la ropa y me tiré en la cama agarrada a mi almohada escuchando un poco sobre Egipto, ya que no duré demasiado.

Capítulo 5



Por la mañana la melodía de la alarma me volvía a despertar como cada día, me metí en la ducha me eché una camiseta y bajé a por mi café intenso.

Comencé rápido, ya que no quería perder mucho tiempo. Iba a intentar ese día acabar lo antes posible para irme a casa de mis padres y, como podía volver a echar mano de las raciones que tenía para almorzar, pues me calenté la pasta y seguí trabajando.

A las cinco terminé y subí a cambiarme. Cogí los regalos de mis hermanos y me dirigí a su casa. Llegué y vi que mis padres estaban tomándose un café en el jardín. Aproveché para tomarme uno con ellos.

Los niños alucinaron con sus regalos, Óscar no paraba de jugar con el tractor por el césped, la pequeña no tardó en ponerse su bañador y venir a exhibirlo.

Le había encantado mi *charm*, en la pulsera, decía que eran Óscar y ella, así que se puso de lo más contenta.

Ese viernes suponía el pistoletazo de salida de las vacaciones escolares, así que ya mis padres estaban llegando a ese momento relax que tanto deseaban.

Me comentó mi padre ante la sonrisa de mi madre que ya habían reservado un viaje de cuatro días a Roma, así que me alegré mucho y los niños no paraban de decir que esos días se vendrían a mi casa.

Quedamos en que el miércoles por la noche de la semana siguiente me llevarían a los renacuajos y ya se marcharían para la “ciudad del amor” hasta el domingo.

Estuve con ellos hablando y me transmitieron lo mucho que les habían agradado los chicos, así como que los veían muy responsables, educados y con la cabeza bien amueblada.

Yo en el fondo cada día sentía que estaba más feliz de haber coincidido con ellos esa noche, sobre todo con Mateo, pero pronto volvían mis tormentas a la cabeza y me recordaban aquello por lo que tanto había luchado, esas razones por las que no debía amar.

Cené con mis padres y luego me despedí de ellos. Dejé a los niños durmiendo en sus camas plácidamente, antes les dije que los vería a la vuelta del camping, ese al que se quisieron apuntar, pero me negué por completo. Aquel fin de semana era mío, el siguiente lo disfrutaría con ellos todo lo que pudiera.

Llegué a casa y recibí un mensaje de buenas noches de Mateo, en su línea, sin traspasar nada. A mí me hubiera encantado que intentara mantener algún tipo de conversación conmigo, al final iba a ser verdad que donde mandaba el corazón no lo hacía la cabeza.

Me acosté deseando que llegara el viernes, ya solo quedaba un asalto...

El jueves me desperté viendo color, no faltaba nada para irme de camping. No podía negar que me hacía especial ilusión, pues hacía mucho tiempo que no me escapaba a un sitio así.

Me puse a trabajar y recibí un mensaje de Mateo, esta vez me daba los buenos días y me deseaba una preciosa mañana.

Morí de amor con ese mensaje que sacó la mejor de mis sonrisas y me puso de lo más nerviosa.

Le contesté que yo también le deseaba un buen día y que al día siguiente nos veríamos.

Aquella mañana trabajé hasta la una, ya que fui al mercado a comprar un pescado. Me apetecía comerlo al horno, así que lo compré ya limpio, cogí el pan y me fui a casa. Mientras se hacía continué trabajando y luego paré a almorzar, además era un día de lo más flojo, de modo que tras la comida me eché a dormir un rato en el sofá.

La tarde la pasé preparando la bolsa para el día siguiente, además de dejar organizadas unas cosas del armario que tenía pendientes desde hacía tiempo, unos pequeños cambios que me llevaron hasta antes de cenar.

Volví a recibir un mensaje de Mateo en el que me deseaba una buena noche y en terminaba con un “*mañana nos vemos*”.

Eso sonaba genial, a esas alturas ya estaba hasta nerviosa. Me fui a la cama con la sensación más placentera del mundo, la de saber que lo vería al día siguiente. Por cierto, que esa certeza me causaba una sonrisa de lo más amplia, en el fondo es que era tonta y quería luchar por esas razones, cuando la única realidad era que ahora volvía a sonreír por otro hombre.

Puse mi emisora favorita y me acosté, quería dejar de pensar, quería dormir y que ya amaneciera. El planazo era de lo mejor y la compañía de los chicos iba a ser inmejorable.

Me agarré a la almohada y mientras escuchaba hablar sobre Egipto, mi cabeza iba por otro lado.

Capítulo 6



El viernes por la mañana parecía que me habían metido un cohete en el culo. Me desperté con unas ganas increíbles de trabajar. En cierto modo creo que lo que quería era estar ocupada para que las horas se me pasaran rápido.

El día estaba espléndido y, mientras miraba por la cristalera de la terraza, no podía dejar de pensar en lo mucho que el tiempo iba a acompañar en un fin de semana que se mostraba de por sí maravilloso.

A media mañana, me empezó a mensajear Lidia desde su trabajo, a la hora del bocata.

Ella: “Muero. Te juro que muero de los nervios. Estoy deseando salir y el puto reloj que parece que se ha parado. No avanzan las horas”.

Yo: “Tranquila loquilla, que me vas a poner a mí también de los nervios”.

Ella: “Sí, porque no me vayas a decir que a estas alturas no te está entrando ya el gusanillo como a mí”.

Yo: “A ver, petarda, claro que tengo un montón de ganas, pero como tú, no sé qué decirte. Miedo me das”.

Ella: “Mucho miedo y muy poca vergüenza es lo que tienes tú”.

Yo: “Te veo luego, que como te dé palique, hoy no trabajamos ninguna de las dos”.

A ver, era muy exagerada, pero algo de razón sí que tenía, los relojes debían estar todos estropeados ese día, porque los míos tampoco avanzaban.

Por fin dieron las dos de la tarde, hora que me puse de tope para terminar de trabajar y me duché, mientras esperaba a Lidia, que pasaría por mi casa para que nos recogieran a ambas allí.

Llegó un rato después, como elefante por cacharrería, y nerviosita perdida. Era un espectáculo verla.

—Vienes sin equipaje—la miré y me reí.

—Hombre, yo tengo que llevar de todo, para estar divina de la muerte y seducirlo. Eso sí, tengo una preocupación enorme.

—¿Qué te pasa? —me sonó preocupada de verdad y me acerqué a ella.

—Que no sé si tengo un poco de celulitis, mírame bien así al trasluz.

—Así al trasluz te voy a meter un buen puñetazo, mequetrefe, que no he visto en mi vida a una tía más tonta. No tienes ni celulitis ni nada. Estás estupenda.

—Menos mal, menos mal que te tengo a ti para quitarme los complejos. Y mira que muchas veces te hacía así—hizo un gesto de pegarme y yo es que me tiraba al suelo—pero en el fondo te quiero un montón.

—¡Un mensaje de Mateo! —le dije.

Lo leímos y los chicos nos decían que ya venían a por nosotras, que ni se nos ocurriera almorzar, que lo hacíamos en el camping.

—Mejor, mejor, porque a mí de los nervios no me entraría ahora mismo nada. Bueno, de comer, tú me has entendido—me guiñó el ojo.

—Sí, sí, jodida, te he entendido estupendamente. ¡La madre que te parió!

—Hombre, yo vuelvo follada del camping, tú lo tienes claro, ¿no?

—Como el agua, como el agua, si algo tengo claro es eso.

—Ah, bueno, yo, por si las dudas—rio.

—No, no hay duda ninguna, no te preocupes.

No habían pasado ni veinte minutos cuando ya estaban los chicos en mi portal. De lo más caballerosos, cogieron nuestras bolsas y las metieron en el maletero.

—Ole lo más bonito de la ciudad—le soltó Marcos a Lidia como haciéndole un paseílllo.

—¿Has visto? — lucía ella tipazo con aquellos shorts y camiseta de tirantes. Y decía que tenía celulitis, ¡pues menos mal!

Nos subimos en el coche. Mateo iba conduciendo y Marcos me invitó a ocupar el asiento del copiloto.

—No, no hace falta, siéntate al lado de tu hermano, si quieres.

—De eso nada, ¿tú es que no te enteras? —me espetó Lidia en toda la cara—Lo que quiere es sentarse detrás conmigo.

—Vale, vale, tranquila, que te veo un poquito nerviosita.

Los chicos se echaron a reír y el coche se puso en marcha. Por el camino yo veía a través del espejo cómo Lidia y Marcos hacían manitas e incluso se besaban. En el fondo, no podía evitar seguir algo de envidia sana de ella. Inevitablemente, su forma de ser tan desinhibida la llevaba a ser muy feliz.

En cuanto a Mateo, aunque era un tío muy centrado e iba muy pendiente de la carretera, también me lanzaba de vez en cuando unas miraditas de esas que quitan el hipo. Incluso, en ciertos momentos del trayecto, mientras hablaba, llegó a dejar caer su mano en mi muslo, algo que me encantó.

Llegamos al camping y obvio que la reforma se notaba. Yo había estado en alguna ocasión con mis padres allí de pequeña y el tema no tenía nada que ver.

Las instalaciones estaban absolutamente reformadas y parecían de lo más lujosas. La piscina de adultos era olímpica y tenían otra para los peques, con unos toboganes de colores que hacían sus delicias. Me quedé mirándolos.

—Para otra traemos a tus hermanos—sugirió Mateo mientras íbamos caminando.

—Sí, estoy pensando que disfrutarían aquí de lo lindo.

—Sí, sí, hay que traer a mis sobrinos—soltó Lidia, que muchas veces se refería así a ellos—¿Dónde nos vamos a quedar? —preguntó.

—Allí—señaló Marcos a unas preciosas cabañas de madera que había en la zona más céntrica del camping.

—¡No sois vosotros pijos ni nada! —si no soltaba una de las suyas no era ella.

—¡Hombre, claro! Nosotros en lo mejor de lo mejor, porque eso de dormir en un saco es muy sufrido—replicó Mateo.

—Yo en realidad pienso igual. Lo he hecho de niña, pero te levantas como una alcayata—reí.

—Sí, sí y no estamos ya para esos trotes. Yo si me levanto baldada que sea porque me haya tomado unos cuantos lingotazos o porque me hayan matado a polvos—añadió Lidia.

—Completamente de acuerdo—Marcos no le llevó la contraria—Ven acá, anda—la cogió por la cintura y la besó.

—¡Que corra el aire! —carraspeó Mateo.

—De eso nada, si vosotros sois unos sosos, que os den, pero a nosotros no nos vais a aguar la fiesta—le faltó el tiempo a Lidia para contestar, provocando nuestras risas.

Llegamos a la cabaña y había que reconocer que era una auténtica cucada. Además, estaba prácticamente a estrenar. No le faltaba un detalle. Tenía un amplio salón con todas las comodidades, cocina, baño completo, dos dormitorios y amplia terraza exterior con zona de barbacoa, provista de su mesa y sillas.

—¡Me cago! A mí que me dejen vivir aquí, con una hipoteca liviana—exclamó Lidia.

—No sería mala idea. Yo me quedo contigo, guapísima—volvió a cogerla Marcos por la cintura.

Mateo me miró y nos echamos a reír.

—Yo es que ya tengo casa propia—levanté los brazos.

—Lástima—soltó Mateo que, aunque era mucho menos lanzado que su hermano, de vez en cuando se dejaba caer.

—Bueno, tendremos que soltar las cosas—salí así del atolladero de tener que responder nada, lo que provocó su sonrisa.

¿Por qué tenía que ser tan bonita? No era justo, vaya prueba del destino...

—Sí, claro, ¿cómo nos organizamos? Os podemos dejar a vosotras ese dormitorio, que parece más grande y nosotros podemos...—comenzó a decir Mateo.

—Y vosotros os podéis dejar de tonterías—Lidia miró a Marcos, que parecía estar totalmente de acuerdo—Vamos, que nosotros nos vamos a coger esta misma—señaló a la habitación más cercana a ellos—Y ya, si eso, Sheila y tú lo hacéis como os dé la gana...

Yo tenía clarísimo que, llegado el momento, ella iba a decir de dormir con Marcos, pero cada vez me sorprendía más su desparpajo.

Mateo me miró, buscando mi aprobación y yo me encogí de hombros, como indicando que el mal ya estaba hecho.

—Pues no se diga más entonces—soltó Marcos—dejando sus cosas y las de Lidia encima de la cama del dormitorio que ella había señalado.

—Venga, os vamos a cocinar hoy—nos sorprendió Mateo.

—¿Y eso?

—Pues porque sabíamos que a esta hora los restaurantes estarían a rebosar y seguro que venís con hambre.

—Sí, sí, yo tengo más hambre que Carpanta—Lidia era fina como ella sola.

—Pues por eso—rieron, señalando a una nevera que traían.

Lidia la abrió y comenzó a sacar de su interior todo lo necesario para hacer una barbacoa de diez.

—¡Madre mía me habéis dado en el cantito del gusto! —exclamó.

—¿Sí? ¿Te gustan las barbacoas?

—Sí, sí y a esta le gustan también más que a un tonto un lápiz—me señaló.

Los chicos se rieron con sus ocurrencias.

—¿Qué pasa?

—Nada, nada, que yo no lo hubiera definido mejor, mujer, te explicas como un libro abierto—la miraba Marcos.

—Claro, claro, pues por eso. Y menos cháchara que te doy un bocado, que cuando tengo hambre me puedo comer cualquier cosa—soltó sin pensar demasiado.

—No suena mal—arqueó la ceja Marcos y ella le dio un cate.

—¡Oye tú! Que yo cuando quiero soltar una burrada, lo hago, pero que no es el caso, que es que me ha salido...

—Vale, vale, bueno es saberlo—se protegió él de broma, porque parecía que ella le iba a saltar encima como un gato.

—Venga, pues no se diga más. ¿En qué podemos ayudar? —procuré poner un poco de cordura en la situación.

—Pues mira, lo máximo que os vamos a dejar que hagáis es abrir una de esas botellas de vino —traían varias—y servir unas copas. A partir de ahí ya os podéis sentar—Mateo me echó el pelo detrás de la oreja y me estremecí.

—Yo no os voy a discutir, desde luego, esta que es más diplomática igual sí—me señaló Lidia.

—Diplomática no, lo que soy es menos caradura que tú, que tienes un morro que te lo pisan—guapita.

—¡Qué ataque más gratuito! Anda, anda, cálmate y sírveme ese vinito.

Te tenías que reír con ella y lo peor del caso es que, con la jeta que le echaba a la vida, siempre conseguía sus propósitos. Se sentó en la mesa, mientras los chicos comenzaban a preparar la barbacoa y yo servía las copas.

—Siéntate ya también con ella, por favor—me sonrió Mateo cuando le acerqué su copa. Queremos que os sintáis lo más cómodas posibles.

—Yo cómoda estoy sí, no lo voy a negar—dio un sorbo Lidia de su copa. Había que morir con mi amiga.

La barbacoa nos supo de escándalo y los chicos es que estaban al quite en todo momento para que no nos faltara de nada. Después de comer, jugamos un rato a las cartas, mientras hacíamos tiempo para darnos un buen chapuzón en la piscina.

Media tarde fue la que pasamos en el agua, pues lucía un sol de justicia y se apetecía estar a remojo. Incluso allí Lidia y Marcos no paraban de hacerse arrumacos.

En el último chapuzón de la tarde, mi mirada se cruzó con la de Mateo. Los dos lo estábamos deseando, pero a tope, así que me cogió por la cintura y nuestros labios se fundieron.

Fue un momento precioso en el que me dejé llevar. No quería estropearlo con mis barreras mentales ni etiquetando algo que, simplemente, estaba fluyendo y que nos apetecía a ambos. Para

nuestro sonrojo, los otros dos empezaron a aplaudir y a silbarnos.

Después de la cena y de un buen número de copas, llegó el momento de marcharnos a la cama. Fue muy tierno. Yo no tenía duda de que me apetecía dormir con él, que me besara y abrazara. Mi único miedo era que sus expectativas fueran más allá de eso, porque no me sentía preparada.

Me alivió comprobar la tranquilidad con la que se lo tomó cuando nos metimos entre aquellas frescas sábanas de algodón. En ese momento, Mateo me ahuecó en su ancho torso, digno de un dios del Olimpo, y, mientras jugaba con mi pelo, volvió a besarme, a la vez que me prodigaba las más tiernas de las caricias.

Precioso, así es como lo calificaría. Un momento irrepetible en el que yo me derretí y en el que conseguí dejar a un lado por unos instantes el miedo a que me hicieran daño.

Capítulo 7



Abrí los ojos y lo miré. Allí estaba con esa cara tan bonita que daban ganas de comerse, pero yo, despacito y buena letra. Eso sí, qué difícil me lo ponía que estuviera para mojar pan...

—Ey, bonita, ¿llevas mucho despierta?

—Qué va, ha sido ahora mismo. ¿Cómo has dormido?

—Muy bien, ¿y tú?

—Genial, no he podido dormir mejor. Tenía una cosita muy linda dejada de caer aquí en mi pecho—me sonrió.

—¿Y qué es esa cosita linda? —le busqué un poco la lengua.

—Pues yo creo que debe ser una especie de talismán, pero muy bonito—me guiñó el ojo.

En ese momento escuchamos una serie de ruidos que provenían del dormitorio de al lado y no tuvimos dudas, esos dos estaban teniendo tema, pero tema.

En realidad, Mateo estaba sembrado. Me tapó los oídos, a modo de broma y me dijo que me pusiera algo para salir al porche.

—Quítame las manos de las orejas, que me angustio—reí.

—Era por protegerte, que igual lo escuchas y no puedes evitarlo, te abalanzas sobre mí—rio.

—Creo que ya has pillado que no es mi estilo—me apeteció confesarle. Me empezaba a sentir muy a gusto con él, pero preferí poner las cartas encima de la mesa.

—Lo sé y lo respeto. No sé lo que pasará por esa cabecita, lo único que sé es que quiero que lo pases bien y no te sientas forzada a absolutamente nada.

Aquel rápido cruce de palabras me tranquilizó bastante y empecé el día con las pilas cargadas a tope. Total, que me volvió a tapar los oídos y cruzó la cabaña conmigo en brazos, en una estampa de lo más graciosa.

Llegamos a la terraza y me dijo que me quedara allí, sentada. En nada apareció con dos cafés en la mano, recién hechos en la cafetera de cápsulas de la cocina.

—Después nos vamos a desayunar con estos, pero te sentará bien...

—Gracias—creo que hasta me sonrojé al decirlo, no estaba acostumbrada a que me trataran tan extremadamente bien.

Nos quedamos mirándonos fijamente y sonreímos. Si habíamos de ser sinceros, no sabíamos demasiado el uno de la vida del otro, solo que entre nosotros estaba surgiendo una fuerte conexión.

—¿Puedo preguntarte algo? —yo sabía que teníamos una conversación pendiente.

—Dispara, lo estoy esperando— hice el gesto como de caerme de espaldas.

—Te hicieron daño, ¿verdad?

—Más bien sí—volteé los ojos para quitarle algo de dramatismo a la situación.

—¿Alguien en particular?

—Bueno, digamos que más bien varias personas...

—No puedo entenderlo...

—¿Qué no puedes entender?

—Que haya hombres que puedan haberte hecho daño.

—Bueno no sé, yo ya no le doy muchas vueltas al coco, ¿sabes? En realidad, tengo una teoría.

—¿Qué teoría?

—Bueno son mis “seis razones para no amar”.

—¿No puedo creerlo! ¿Me lo puedes explicar con más detenimiento?

Y eso hice. Su cara era un poema mientras yo iba una, a una, argumentando mis seis razones... Ni que decir tiene que trató de dejarme sin dichos argumentos.

—No todos los hombres somos iguales.

—Huy, huy, ahí estamos entrando en arenas movedizas—le advertí.

—¿En serio estás tan cerrada al amor?

—Va a ser que sí. A ver, no a vivir, lo estamos pasando estupendamente, pero al amor, como tal —hice un gesto de “*plof*”.

—Pues es una verdadera pena porque eres adorable—soltó con contundencia.

—¿Sí?

—Claro, tan adorable como para que alguien se proponga conquistarte y no pare hasta conseguirlo.

—Frío, frío, por ahí no vas bien—hice con la boca una musiquita parecida a la de cuando pierde un concursante en un programa y él se rio.

—Bueno, bueno, tú tratarás de desanimarme todo lo que quieras, pero déjame contarte algo, cuando se me mete algo entre ceja y ceja, no paro hasta conseguirlo.

—¿Quieres decir que sería para ti una especie de trofeo? Eso no ayuda—reí.

—En absoluto, créeme que te aprecio demasiado para eso, lo que quiero decir es que eres merecedora de que alguien luche a muerte por ti y que derribe ese muro que has levantado delante de tu corazón.

—Eso te ha quedado muy poético.

—Anda, ven aquí—hizo que me levantara y que me sentara sobre sus piernas.

—¿Y tú? —pregunté mientras entrelazaba su cuello con mis brazos.

—¿Yo qué?

—¿Cuál es tu historia? ¿Por qué estás solo?

—Bueno, digamos que tampoco tuve demasiada suerte en el amor, pero a diferencia de ti, eso no hizo que renunciara a él, sino que pensara que lo bueno se hace esperar—me guiñó el ojo y me dio un beso.

—Me parece muy loable por tu parte y, sobre todo, muy perseverante. Yo es que me cansé.

—Pues, eso, no hagas ningún esfuerzo por cambiarlo. Deja que otros se esfuercen por ti—se mordió el labio inferior y mis vellos se pusieron de punta.

En ese momento escuchamos que los chicos se estaban levantando y venían hacia la terraza.

—Después de un buen polvo, necesito mi café—le soltó Lidia a Marcos antes de salir, lo que provocó nuestras carcajadas.

—Buenos días, ¿de qué os reís? —nos preguntó.

—Buenos días, de tu extrema finura.

—Ni finura, ni nada. Las cosas claras y el chocolate espeso. ¿Cuál es el plan para hoy? —se sentó y noté que traía unos colores en los mofletes que válgame Dios.

Al poco, salió Marcos con dos tazas de café en la mano y le colocó una por delante. Nos

ofreció traernos, pero le dijimos que ya estábamos servidos.

—¿Os parece que nos vayamos ahora a comer algo más contundente? —preguntó Mateo.

Viendo la risa de Lidia, no tardó en concretar.

—Mujer, quiero decir a desayunar al bar.

—Si yo no he dicho nada—rompió ella a reír y casi que nos esparce el café a todos por encima.

Nos fuimos a desayunar y el buen rollo reinante entre los cuatro era evidente. En un momento dado, los hermanos se levantaron y yo notaba por la cara de Lidia que se moría por contarme.

—Suéltalo ya anda, que lo estás deseando.

—¡Folla de muerte! Como el hermano sea igual, no sabes lo que te estás perdiendo por mojigata.

—Y dale Perico al torno, no soy una mojigata, pero cada una tiene sus tiempos. No me agobies —resoplé.

—Vale, vale, pero es que además... Está tan bien dotado, ¿y el tuyo?

—Joder, que yo no lo he visto desnudo, ya lo sabes...

—Sí, sí, pero no me negarás que habréis dormido abrazados.

—Sí, eso sí.

—¿Y entonces?

—Entonces, ¿qué?

—Pues que te habrá arrimado la cebolleta, que todo hay que decirlo.

Quisiera o no, me tenía que tronchar de risa con ella.

—Bueno, pues sí, a no ser que lo que yo notaba esta noche fuera el móvil, está pero que muy bien dotado.

—Pues entonces no seas carajota y no tardes mucho en bajarte al pilón.

—Eres más guarra...

—Y tú más sosa...

—¿De qué habláis? —cuando nos quisimos dar cuenta ya los teníamos al lado.

Me debí poner más colorada de un tomate, por si nos habían escuchado y no me salía ni una palabra.

—De cañerías—solté, lo primero que se me vino a la boca.

—¿De cañerías? —se miraron los hermanos entre sí, un tanto asombrados.

—Sí, sí, porque hay allí una fuga—me había salido lo de las cañerías porque estaba viendo a unos obreros recoger una fuga.

—Sí, sí, bueno más concretamente de desatascos de cañerías—le salió a Lidia una risita maléfica y yo es que la hubiera matado en ese momento.

Los chicos se comenzaron a reír a más no poder y yo le propiné un puntapié por debajo de la mesa que al levantarse todavía estaba coja.

De allí nos fuimos para la piscina, a tumbarnos en las hamacas. Se estaba mal sin hacer nada y con los primeros rayos del sol encima, sí.

En un momento dado, vi que Lidia estaba haciendo migas con una peque que correteaba por allí.

—Es que yo estoy enfadada porque en el otro camping bailaban en el agua y en este no—le

comentaba con los brazos cruzados la niña, que tendría la edad de mis hermanos, aproximadamente.

—¿En serio me lo dices? —le seguí ella el rollo.

—¿Sí?

—Pues sabes qué te digo, que en este también lo va a haber—se levantó y yo no daba crédito—
¿Cómo te llamas, bonita?

—María.

—Vale, María pues tú y yo vamos a dar la clase de *aquagym*.

—¿De verdad? Se le iluminó a la peque la carita.

—Por supuesto.

Se la llevó de la mano y se metieron las dos en el agua.

—¡¡Todos conmigo!! Comienza la clase de *aquagym*—exclamó a voz en grito.

Yo me estaba frotando los ojos. De no haberlo visto, no lo hubiera creído. Y vaya si la tenía por capaz de cualquier cosa, pero la revolución que formó en el camping no fue ni medio normal.

—Tendremos que animarla, habrá que apoyar a la monitora, ¿no? —me preguntó Mateo entre risas.

—Yo ya la he apoyado esta mañana, pero que no se diga—Marcos era como Lidia, soltaba también las burradas de dos en dos.

—¡Animal! No me refería a eso.

—Venga, vamos.

Y allí estábamos todos, siguiendo las directrices de Lidia, que no lo hacía peor que una

monitora profesional, con María al lado, que parecía estar en su salsa.

El socorrista se frotaba los ojos y, poco a poco, la gente se fue animando y metiéndose en la piscina. En cuestión de cinco minutos, conforme corrió la voz por todo el camping, allí se congregó más gente que en la guerra.

—¡¡Venga, quiero ver cómo movéis esos cuerpos!! —exclamaba una cada vez más animada Lidia, con una marcha increíble en el cuerpo.

Marcos incluso aprovechó para grabar la clase, porque aquello es que no tenía desperdicio.

Al terminar la gente empezó a aplaudir y ella hacía reverencias con María.

—Te superas cada día, chica—le confesé cuando acabó la “clase”.

—Una que tiene arte—hizo un gestito de lo más divertido.

—Si es que mi chica vale igual para un roto que para un descosido—la subió por las alturas Marcos.

Me quedé mirando a Mateo y fue a hacer lo mismo. Salí corriendo, porque yo era más vergonzosa para esas cosas, pero ya era tarde. ¡Al final las dos chillando por los aires en brazos de nuestros chicos!

Lo curioso del caso es que, al rato, cuando estábamos en las hamacas, se acercó el dueño del camping, a cuyos oídos había llegado la movida, a darle las gracias y a ofrecerle que lo volviera a hacer al día siguiente, pagándole.

—No hombre, ¡cómo te voy a cobrar por eso! Yo mañana lo vuelvo a hacer, pero que no hace falta—reía ella.

—Bueno, pues entonces me tenéis que permitir que os vuelva a invitar cualquier otro fin de semana del verano—nos ofreció.

—Mira, pues eso sí te lo acepto, porque en alguna ocasión nos gustaría acercarnos con mis sobrinos—le comentó ella, guiñándome el ojo.

—Pues no se diga más entonces.

El hombre se fue y nos quedamos todos muertos de la risa.

—Tú valías para ser *YouTouber* de esas de las que van viajando por el mundo y a las que les ofrecen alojamiento gratis a cambio de comentarios positivos y tal—sugirió Marcos.

—Sí, sí, yo me tengo que replantear mi vida porque veo que estoy infravalorada—rio.

El resto de la mañana lo pasamos entre sol y agua. Los chicos, como siempre de lo más atentos y cariñosos con nosotras. Íbamos a tener que pensar que eran un verdadero chollo.

—Dos hermanos para dos amigas—así veo el título de esto, reía ella mientras ellos iban por unas copas.

—Tú déjate de planear tanto.

—Y un mojón. No planees tú, yo estoy enamorada y una cosa te digo, este va a ser mi marido y el padre de mis hijos—hizo ella un gesto de corazón.

Visto lo visto, ahora sí que la creía capaz de cualquier cosa.

A la hora de almorzar, los chicos y nosotras comenzamos a discutir sobre quién pagaba y lo curioso del caso es que el camarero nos dijo que estábamos en paz, que eran órdenes del director. ¡Había que joderse!

Nos tomamos un cafelito de sobremesa y Lidia y Marcos nos dijeron literalmente que “*tenían que privarnos de su valiosa presencia, porque habían dejado por la mañana un tema pendiente*”. Vamos que iban a darse el lote a la cabaña y salieron corriendo.

Mateo me miró, arqueando la ceja.

—¿Qué te apetece hacer?

A mí en realidad, también me apetecía estar un rato a solas con él, no en el mismo plan que

ellos, pero sí en la intimidad.

—¿Te parece si nos tumbamos también un poquito?

—¿De verdad me lo preguntas? No me puede apetecer más...

Llegamos a la cabaña y los chicos tenían formado allí el dos de mayo, así que hicimos un ejercicio por abstraernos y nosotros a lo nuestro.

Nos tumbamos con el bikini y bañador nada más, y estuvimos charlando, entre risas, confidencias y caricias, salpicadas por besos, hasta que caímos fritos.

Al despertar de la siesta, los hermanos propusieron que esa noche fuéramos a un local que había en un pueblo cercano y en el que por lo visto no cabía ni un alfiler los fines de semana.

Nos pareció bien y esa noche Lidia y yo nos hicimos un arreglito informal, con unos vestiditos cortos que les encantaron y ellos también salieron de lo más veraniegos con sus bermudas y zapatillas deportivas.

Primero fuimos a tapear y luego a bailar. En el local, que estaba genial, todo iluminado en azul, cierto que no se cabía, pero la gente estaba de lo más entregada, dándolo todo.

Ni que decir tiene que allí Lidia también la lio y cuando nos quisimos dar cuenta, toda la gente de alrededor iba siguiendo sus directrices y ella montando una coreografía por cada canción.

—Desde luego que me he enamorado de una *show woman*—le gritó en un momento dado Marcos, para que se le escuchara, pues la música estaba alta.

—¡Te como esa cara! —se lanzó ella en sus brazos, cogiéndolo con las piernas por la cintura y la gente aplaudiendo.

Fue la monda, ella chillando que se habían enamorado y los dos besándose apasionadamente, entre vítores.

—No he visto una cosa igual en mi vida—me decía esa noche Mateo cuando estábamos acostados.

—Ella es así, le encanta ser el centro de atención—reí.

—Tú sí que eres mi centro de atención—me levantó la barbilla y, por primera vez, pasó de darme besos en la boca a bajar hacia el cuello, recorriéndolo lentamente y haciendo que me estremeciera entera.

Después nos dormimos, todavía más cerca el uno del otro que la noche anterior, si es que eso era posible. En el silencio de la noche, escuchaba su respiración y casi notaba que la mía se sincronizaba con ella. Eso se llamaba química.

Capítulo 8



Mi despertar del domingo fue muy parecido al del sábado. Abrí los ojos la primera y me quedé mirando a Mateo. No pude evitar llevar mi dedo hacia su cara y hacer como si la estuviera dibujando, es que no parecía real, sus facciones eran perfectas.

En particular, sus labios eran de modelo. Una boca carnosa de lo más “besable”, con aquellos labios hidratados... Cuando me quise dar cuenta, lo estaba besando yo.

—Si es un sueño, vuelvo a cerrar los ojos porque me niego a despertarme—los abrió en ese momento.

Le sonreí.

—No, es que tenías una cosita en el labio y te la estaba quitando...

—¿Sí? Pues ven que tú tienes otra y te la voy a quitar yo también...

Nuestros besos cada vez eran más intensos y largos, pero no era ya eso, lo que yo sentía es que trascendían el ámbito de los labios para llegar al corazón. Y eso me producía una mezcla de placer y miedo de lo más extraña. ¿Me estaría volviendo masoquista?

—Ya estaba tardando la música—reímos cuando escuchamos la orquesta de los chicos, que procedía de su dormitorio.

—Vaya antídoto que ha sido Lidia para el dolor que tenía mi hermano en el corazón.

—Es que Lidia es mucha Lidia—añadí.

—Sí, sí, tiene muchas tablas. Le voy a tener que pedir que me dé clases—ríe.

—A ti no te hace falta—sonreí.

—Bueno, bueno, pero tú sabes, no me vendría mal...

—¿Un café? —desvíe el tema.

—Venga, que sabes dar muy buenos capotazos—nos levantamos y nos fuimos para la terraza.

No tardaron en llegar Lidia y Marcos.

—No hace falta que nos expliques nada, ya lo hemos escuchado todo—reí.

—¿Os hemos molestado? —preguntó, haciéndose la afligida.

—No, mujer—negué con la cabeza.

—Ah vale, porque si es así, yo tengo en el neceser unos tapones muy buenos para los oídos...

—No eres más puñetera porque no entrenas...

—Bueno, bueno, todavía podría mejorar algo si me lo propusiera. Estoy segura—rio.

—Oye, lo pasamos fenomenal anoche—le comentó Mateo.

—Sí, sí, bueno un poco agobiante el sitio por la cantidad de gente, pero flipante lo de la luz azul. Yo he soñado con la película de *Avatar*, de lo impresionada que me quedé.

—Más que de eso, yo creo que fue de los petas que se estaban fumando los que tenías alrededor—soltó Marcos.

—Es verdad, olía eso que alimentaba—rio ella.

Y es que el local en cuestión estaba al aire libre y en ese sentido se había instaurado el libre albedrío.

—Plan para hoy—preguntó ella mientras nos dirigíamos al bar del desayuno, a ponernos hasta

arriba para comenzar el día.

—Hoy ya podéis desayunar bien las dos y luego vamos a comprar unos buenos bocatas, que nos vamos de excursión—propuso Marcos.

—¿De excursión? —me sonó fenomenal.

—Sí, sí, ya veréis, es un sitio que, si no habéis estado, os va a encantar.

—Yo por esta zona no he estado demasiado, la verdad—pensé en alto.

—Y yo menos, porque tengo que reconocer que soy más urbanita que otra cosa—confesó Lidia
—Eso sí, tengo que dar mi clase de *aquagym* antes de irnos.

—Claro, claro, ya habíamos contado con eso...

El asunto fue que, después de desayunar y, una vez nos hubimos aprovisionado, ella dio otro espectáculo como el del día anterior. A renglón seguido, recogimos y nos marchamos sin rumbo conocido, al menos no para nosotras.

—Hasta aquí podemos llegar con el coche, el resto ya lo tenemos que hacer andando—indicó Mateo, cuando llegamos a un paraje natural de lo más bonito.

—¿Estamos en la zona del pantano ese tan famoso? —pregunté.

—Del mismito, os va a fascinar. Eso sí, no hace falta que ascendamos tanto, la idea es quedarnos por unas piscinas naturales espectaculares que se forman por el camino.

—Pero no hay que andar demasiado, ¿no? Que a mí los bichos y eso me tiran un poco para atrás—Lidia y sus cosas.

—Mírala, ¡si el bicho eres tú! —le saqué la lengua.

—Sí, sí, yo soy el bicho que picó al tren, pero ya me entendéis, me refiero a roedores y eso, que yo veo un bicho de esos por ahí y me da un jamacuco.

—No ha nacido el bicho que se atreva a acercarse a ti, porque me lo como—salió Mateo al paso de lo más efusivo.

—Madre mía que los veo de aquí a nada en el altar—resoplé, mirando a Mateo.

—Pues no te digo yo que no, pero mejor los cuatro—empezó ella a buscarme.

—¡Y una mierda! —le solté—A mí no me incluyas en tus planes románticos.

—Yo iba a hacer una broma, pero mejor me callo—hizo el gesto Mateo de que en boca cerrada no entran moscas.

—Sí, sí, mejor—reí, comprendiendo que me había puesto un pelín borde.

Desde luego que no podían haber acertado más con el sitio. Era una auténtica gozada. Aquello parecía el mismo paraíso.

—¿Confíaís en nosotras? —nos preguntaron.

—Claro—soltamos al unísono.

—Pues entonces poneos esto en los ojos—cada uno nos acercó un antifaz.

—Si es para hacerme alguna guarrería, a mí me dejas con los ojos destapados que quiero verlo—advirtió Lidia a Marcos.

Los chicos se rieron a conciencia.

—No, mujer. Es que nos gustaría que vierais el sitio cuando ya estéis en él...

—Ah vale, es que una tiene que aclarar las cosas...

Fue de lo más curioso. Ambas nos tapamos los ojos y los chicos nos conducían, llevándonos por la cintura. Incluso el último tramo, que nos dijeron que era más complicado, lo hicimos en brazos de ellos. ¡Vaya si eran un amor!

—Ya os los podéis quitar—nos indicaron.

Lo hicimos y ambas chillamos a la vez. Era una auténtica preciosidad. Habíamos avanzado lo suficiente como para ganarnos el derecho a disfrutar en exclusividad de una de esas impresionantes piscinas naturales.

—¡¡Fotos, fotos!! —les pedimos.

Y allí estuvimos posando las dos, de una y mil maneras. Luego también nos sacamos *selfies* con los chicos y por último hicimos fotos por parejas.

Terminada la sesión, sacaron todo lo necesario para que disfrutáramos de un magnífico picnic, extendiendo toallas en el suelo para que nos tumbáramos, buscando la sombra natural, sirviéndonos unas bebidas de las que llevaban en unas neveritas de esas colgantes...

—Lo he decidido, hazme un niño aquí mismo—le dio la puñetera de mi amiga un besazo a Marcos, cuando estuvimos tumbados por parejas.

—Si le vas a decir que sí, hermano, nosotros nos vamos a dar una vuelta, no vaya a ser que salpiquéis—Mateo estaba también que se salía.

—No seáis más guarros que me va a dar fatiga. ¿Nos bañamos? —propuse.

Y allá que salimos corriendo los cuatro. Los que nos dimos allí fueron unos chapuzones sensacionales e inolvidables. Ni a soñar que nos hubiéramos echado habríamos imaginado un sitio mejor para pasar el día.

Por la tarde todos sabíamos, aunque nos negáramos a pensarlo, que tocaba retirada.

—¿Qué plan tenéis para el fin de semana que viene? —preguntó Mateo, antes de que empezáramos a recoger las cosas.

—Pues me temo que estamos bastante más atadas que este. Resulta que mis padres se van el jueves cuatro días a Roma, de modo que me dejan los niños hasta el domingo.

—Nos dejan, que el fin de semana son de las dos, no seas tú tan lista—me sacó la lengua Lidia.

—Eso, nos dejan—rectifiqué antes de que me sacudiera con algo.

—Bueno, pues entonces, ya tenemos todos planes con los niños para el finde, ¿no? —preguntó Marcos con toda la naturalidad del mundo.

Lidia y yo nos miramos encantadas. Lo cierto es que era todo un punto a su favor el hecho de querer estar presentes en nuestras vidas aun cuando los peques estuvieran presentes varios días.

—Vale, pues ya lo vamos hablando a lo largo de la semana—asentí.

—Genial, entonces.

Al llegar a la ciudad nos dejaron a cada una en nuestra casa. No concretamos nada salvo lo que habíamos dicho de que lo íbamos hablando en los siguientes días.

Primero dejaron a Lidia en su casa, y después a mí en la mía. Al bajar del coche, sentí una sensación que hacía mucho que no experimentaba. Me costó despedirme de Mateo. Y casi podría asegurar, a juzgar por su expresión, que a él le ocurrió exactamente lo mismo.

Subí los escalones del portal de dos en dos. Había sido un fin de semana inmejorable. Abrí mi puerta y, mientras iba deshaciendo la maleta, pensaba en mis seis razones... Mi cabeza, como no podía ser de otra manera, se debatía entre los valores que veía en Mateo y lo que pensaba de los hombres en general. A la hora de dormir, todavía reflexionaba sobre ello...

Capítulo 9



Después de un fin de semana espectacular, me daba mucha rabia escuchar esa melodía que me advertía que levantara el culo y me pusiera a trabajar, encima era lunes...

Me preparé el café pensando en él y es que no podía evitarlo...

Me había encantado el dormir con él, sus abrazos y sus besos. Obvio que no iba tan rápida como Lidia ni lo quería, pero me sentía muy bien con lo que estaba pasando entre nosotros, a pesar de tener mis razones para no hacerlo, pero como decía, la cabeza no mandaba donde lo hacía el corazón.

Me puse a trabajar y no tardó en llegarme un mensaje de Mateo dándome los buenos días y proponiéndome venir esa noche a cenar a casa conmigo.

Me eché a reír, quería venir a cenar a mi casa, eso no me lo esperaba, pero le dije que sí, a lo que me respondió que de la cena se encargaba él, que yo solo pusiera la sonrisa.

Trabajé feliz pensando en que por la tarde lo vería, así que la mañana no se me hizo especialmente amena. Estaba de los nervios y las horas no pasaban, encima me tomé tres cafés, lo que hizo me convirtiera en un manojito de nervios.

A la hora de la comida me preparé un revuelto ligero y una ensalada, quería ponerme a trabajar rápido para acabar esa tarde pronto.

A las seis como siempre terminé, me duché y me puse ese vestido camisero negro que me había comprado la semana anterior, con unas deportivas blancas, así estaba cómoda en casa y me veía genial con ese conjunto que de esa manera quedaba de lo más informal.

Me tomé un café relajada, sin trabajo, sin nada que oliera a responsabilidad y con la sola idea de pasar un buen rato con Mateo, que llegó a las ocho con una bandeja de sushi. Me dio un beso en

los labios.

La pusimos sobre la encimera de la cocina y aproveché para enseñarle el apartamento. Su cara reflejaba que le estaba gustando, sobre todo mi despacho, con esa cristalera a la ciudad.

— Lo veo perfecto, sin ser una vivienda demasiado grande, lo tiene todo y decorado con muy buen gusto, se ve muy acogedora.

— Todo fue comprado y medido de forma meticulosa, no me gustan los ambientes recargados y las tonalidades eran muy importantes — sonreí.

Nos fuimos a la cocina y preparé la mesa, abrió una botella de vino que traía, así que nos sentamos a cenar.

— Me lo pasé muy bien el fin de semana contigo — me sorprendió que me dijera eso y cómo no, las mejillas se me sonrojaron como si me hubieran metido unos pellizcos.

— Sí, estuvo bastante bien — sonreí, mirándolo entrecortada.

— ¿Así que este fin de semana haces de canguro?

— Bueno, digamos que me quedo a mis hermanos, pero en el fondo me encantan, como ya te dije me los traen el miércoles por la noche.

— ¿Y me dejarás ser parte de algún plan con ellos esos días?

— Por supuesto, puedes apuntarte hasta a cuidarlos. Ya os lo comenté — reí poniendo mi mano en la boca mientras sostenía el sushi con la mano, yo me negaba a aprender a cogerlo con los palillos.

— Pues no te creas que no lo haré, no tengo un plan mejor que pasarlo con niños.

Me encantaba ese tono tan cariñoso que tenía al decir las cosas y lo buena persona que parecía ¿Sería verdad que todos los hombres no eran iguales? ¿Era una broma que me estaba gastando la vida? Él rompía con muchas de las razones que yo tenía para pensar por qué no me debía enamorar de nuevo, pero algo me decía que no, que no lo hiciera, que de nuevo saldría mal.

Estuvimos charlando animadamente durante toda la cena y un poco más, luego nos despedimos dándonos un beso en los labios y quedando en que al día siguiente saldríamos a merendar cuando yo acabara de trabajar.

Esa noche me acosté de lo más feliz, ya estaba deseando de nuevo que amaneciera ese nuevo día en el que volvía a estar en mis planes, unos planes que me alegraban más aún los días.

Por la mañana lo primero que vi al apagar la alarma del móvil fue un mensaje de Mateo, me deseaba unos muy buenos días y me recordaba que a las seis vendría a por mí.

Me quedé feliz mientras me tomaba ese café, pensativa. Me gustaba la forma en la que estaba fluyendo nuestra... ¿Historia? Me reía al pensar que lo último que quería era calificar lo nuestro de ninguna forma.

La mañana pasó más rápido de lo que esperaba, comí un sándwich para no parar, así que a las cinco ya estaba lista para ducharme, prepararme y encontrarme con Mateo.

Nos fuimos a tomar un café y un pastel a una cafetería muy bonita que había en la ciudad, noté a Mateo raro y no tardó en contarme.

— Está mi hermano fatal, esta mañana se coló por la empresa Susana, su exmujer.

— ¿Qué dices? ¿Qué pasó?

— Pues que ella vino a hacerle mil reproches y encima a culparlo de todo, cuando fue ella la que lo dejó y sabemos que estaba con otro.

— ¿Y qué quería?

— Pues eso reprochar, sacar su mal perder, pues al final por lo visto le salió la cosa rana y creo que todo este número es para volver con él.

— ¿Qué fuerte! ¿Y tu hermano qué dice?

— Pues mi hermano se separó estando muy enamorado de ella, lo pasó muy mal y ahora Lidia le hizo volver a sentir emociones que no pensaba que fuera capaz de revivir tan pronto.

— Pero le surgen dudas...

— Claro, ahora está en mitad de algo que le va a hacer mucho daño, cuando Susana se fue él rompió a llorar, verla le movió muchos sentimientos que pensaba que estaba enterrando.

— Vaya faena...

— Pues espero que esto no lo desestabilice, yo no la quiero ni ver, encima de lo que le hizo viene en plan prepotente, todo para llamar su atención, me parece de lo más injusto.

— Yo tampoco, vaya caída se llevaría Lidia.

— Todos, yo te juro que si vuelve con ella me quedaría muy mal, pues no quiero eso para mi hermano, ya con lo que hizo demostró que no lo quería.

Me dolía pensar que el momento tan bonito que estaba pasando mi amiga se fuera al traste, pero esperaba que Marcos ya fuera lo suficientemente listo para no volver a caer en lo que tanto daño le hizo.

Después de esa merienda nos fuimos andando hacia su casa. Me la quería enseñar. Me quedé impactada al entrar. Se trataba de una preciosa unifamiliar de lo más cuidada en detalles, de dos plantas, con un pequeño jardín trasero que invitaba a pasar más de una velada.

Pidió comida a domicilio, nos trajeron de un italiano una ensalada de pasta con marisco, unas rebanadas de pan con queso derretido y tomate, además de unos canelones que olían desde la puerta.

Cenamos en su terraza, con Lambrusco, típico italiano, así que pasamos una bonita velada. Intenté quitarme de la cabeza lo de Marcos, me daba mucho miedo que eso le causara un gran dolor a Lidia, ya que estaba de lo más ilusionada y feliz.

Luego fuimos hacia mi casa en su coche, me despidió en la puerta con un beso en los labios y quedamos en hablar al día siguiente.

Me acosté nerviosa, no sabía si contárselo a Lidia o si ya lo sabía, no me atrevía a hacerlo, pero me daba mucha rabia que esa mujer, por intereses propios, volviera a la vida de Marcos después de lo que hizo.

El miércoles por la mañana me desperté antes de que sonara el despertador. Mis padres me dijeron de ir a almorzar con ellos, dado que estaban de vacaciones querían hacer una barbacoa. Les dije que sí, pero que a las tres, para que me diera tiempo a terminar mi trabajo.

Trabajé sin parar y a contrarreloj, así que a la hora convenida ya estaba aparcando el coche en su casa.

Mis hermanos salieron felices y diciendo que tenían las maletas preparadas para venirse conmigo, así que los tuve toda la comida poniéndome la cabeza como un bombo sobre lo que haríamos esos días. Les encantaba organizarlo todo, aunque les advertí que los dos siguientes días tenía que trabajar y que ellos se tenían que portar bien.

Por la tarde nos despedimos de mis padres, los monté en sus sillitas en la parte de atrás del coche y nos fuimos para mi casa. Al aparcar nos encontramos haciendo lo mismo a Mateo, que me había escrito y venía a vernos para cenar con nosotros.

Ambos se volvieron locos al verlo, sobre todo Óscar que le agarró la mano y le dijo que le iba a enseñar todos los coches que había traído. Bendita paciencia la de ese hombre que sonreía y hacía que estaba de lo más ilusionado de volver a jugar con él.

Estuvimos organizando un poco y luego pedimos que nos trajeran pizza, los niños la querían y yo ganas de hacerla no tenía, de forma que tiramos de comida a domicilio y cenamos los cuatro en un momento que fue de lo más divertido.

Los peques le decían que era el hermano mayor que no tenían, ellos se liaban a tope, pero Mateo les contestaba que era el héroe que los protegería del mal, cosa que a ellos les hacía mucha gracia.

Estuvo con nosotros hasta las once, hora en la que se despidió y quedamos en que al día siguiente por la tarde nos íbamos a ir a un parque a jugar, donde había una cafetería, y nos iba a invitar a merendar, así que los niños se lo comieron a besos antes de irse.

Los duché y les puse sus pijamas. Me advirtieron que querían dormir conmigo así que me hicieron un sándwich, uno a cada lado, y se metieron en mi cama.

Por la mañana me despertaron sus patadas, aquello parecía un campo de fútbol.

— Pero bueno ¿queréis parar? — les reñí.

— Es él, que me ha dicho cara tonta.

— Óscar ¿Por qué le dijiste eso?

— Porque me sacó la lengua burlándose de mí.

— ¡Nuria!

— No, es que él me miraba raro y mal.

— Ahora mismo os vais a lavar la cara y me esperáis abajo para desayunar, como os escuche pelear os pongo a hacer deberes toda la mañana.

Me levanté y entré en mi baño. Ellos estaban en el de abajo y los escuchaba todavía reprochándose cosas, en el fondo eran dos monerías, pero cuando se ponían en plan enemigos no había Dios que los aguantara.

Les preparé su desayuno y yo mi café, desayunamos relajadamente. Ya los nervios se habían calmado, el buen rollo reinaba entre ellos, además de que les advertí de que si volvían a discutir los dejaba esa tarde sin parque y eso sí que les dolió, los hizo evitar cualquier encontronazo.

Mientras yo trabajaba, ellos jugaban, Nuria no paraba de barrer la casa y limpiar el polvo en un intento de sentirse mayor. A mí me venía de escándalo, pasó tantas veces el paño y la escoba que me estaba dejando todo de lo más reluciente.

Lidia me llamó al mediodía llorando, yo les había puesto la comida a los niños en la mesa y me aparté. Me contó al detalle todo lo que me había contado ya Mateo, pero con la connotación de que notaba mal a Marcos y tenía miedo de que volviera con su ex.

La intenté tranquilizar, pero estaba de lo más tocada, triste y con el corazón encogido. Le comenté que merendaría en el parque con Mateo y que se pasara por allí. Me dijo que lo pensaría, me daba mucha pena verla de aquella manera.

La sobremesa la pasaron durmiendo, fue ponerles unos dibujos y quedar fritos, así que aproveché para terminar de trabajar antes de que viniera Mateo e irnos.

A las seis llamó al timbre y los niños corrieron hacia él al verlo entrar, no tardamos en irnos.

Nos sentamos en la cafetería del parque a tomar un café mientras ellos jugaban en una zona de tierra con algunos toboganes, desde ahí los teníamos controlados.

Le conté lo de la llamada de Lidia y él me dijo que sus padres habían advertido a Marcos de que no querían volver a ver a Susana. Por lo visto ahora no dejaba de llamarlo y agobiarlo, pero me decía que le tiraba mucho mi amiga y que esperaba que se le pasara el lio mental, le plantara cara a su ex y se dejara de tonterías.

Mi amiga llegó un rato después, primero se fue hacia los niños, a los que saludó con un montón de besos. Mis hermanos la adoraban y estaban muy felices de verla.

A mí me destrozaba verla así, iba con las gafas y yo sabía que no había podido dejar de llorar.

La abracé cuando se acercó a nosotros. Pidió un café y fue traérselo cuando rompió a llorar y nos dijo lo mal que se sentía, que pensaba que lo iba a perder, que lo que ella había comenzado a sentir por él era muy fuerte, pero que no iba a esperar eternamente a que Marcos se decidiera. Nos contó que él le había pedido tiempo.

Intentamos tranquilizarla, hacerle comprender que era un lapsus, que estaba muy reciente lo de su separación, pero que no pensábamos que con lo que le había hecho esa chica tuviera los santos huevos de volver con ella.

Pasamos la tarde con ella, luego nos fuimos los cinco a cenar a una hamburguesería para que los pequeños siguieran disfrutando.

Lidia se despidió de nosotros y Mateo me acompañó a mi casa, quedando en que al día siguiente vendría a vernos para cenar con nosotros. Los pequeños al escucharlo se pusieron a aplaudir de lo más animados.

Los acosté y yo me quedé un rato escribiéndome con mi amiga. Estaba realmente mal, hundida.

Lo de Marcos había supuesto un palo muy grande para ella y yo lo cierto era que tampoco me lo esperaba después de los momentos bonitos que había visto entre ellos con mis propios ojos.

Por la mañana preparé el desayuno a los niños, ese día fue pasó rápido, increíble pero cierto, la mañana se fue volando...

A la hora de comer me reí mucho con los dos, luego se fueron al sofá y volvieron a caer rendidos. Estaban para pintarlos así, como dos angelitos.

Mis padres me llamaron y yo ya tenía el día liquidado de trabajo, en un rato vendría Mateo, así que aproveché para hablar un rato con ellos, que estaban encantados en ese viaje, se lo estaban pasando en grande.

Luego llamé a Lidia que estaba desesperada, destrozada. Le dije que se viniera a casa el fin de semana y me lo agradeció, así que un rato después llegó Mateo y más tarde ella, a la que intentamos animar de mil maneras.

Pasamos la tarde allí, merendando y charlando. Nos decía que echaba mucho de menos a Marcos, ese que se suponía que estaba encerrado en casa sin saber qué hacer, con la cabeza plagada de intenciones contradictorias tras la aparición de Susana.

Por la noche hicimos pizza. Mi madre nos iba a matar, pero esos días mandaban los niños y no había nada que hablar, más que darles lo que ellos quisieran, para eso eran mis consentidos.

Los peques no tardaron en caer y los subí a la habitación a dormir. Los adultos nos quedamos en el salón charlando mientras tomábamos unas copas.

Lidia evitaba llorar, pero fue acostarse los niños y desahogarse a lágrima viva, sin poder reprimir eso que sentía que no era más que dolor y dolor.

Mateo me miraba afligido de escuchar a mi amiga con esa pena, con ese desgarró. Lo estaba pasando verdaderamente mal.

La situación era dura para todos. Para Mateo, por su hermano y la tontería que estaba haciendo, además de por ver a Lidia hecha pedazos por Marcos. Para mí, con rabia y dolor de ver a mi amiga volviendo a llorar por un hombre del que se había enamorado como solo ella sabía hacerlo,

pero que le volvía a fallar estrepitosamente, al menos todo apuntaba a ello.

Más tarde Mateo se fue y me quedé a solas con ella, ahí se me sinceró más todavía, pues conmigo tenía una gran confianza y me hizo ver que ya no confiaba en él, que se había llevado la mayor decepción de su vida y eso le dolía en el alma.

Nosotras dormimos en los sofás, nos quedamos charlando hasta las tantas, ella necesitaba desahogarse y yo por supuesto que quería ser ese apoyo en tan tristes momentos.

Capítulo 10



— ¡Sheila, Sheila! —Óscar no me deja la consola—ya tenía a Nuria a pie del sofá con los brazos cruzados.

— Yo no sé a quién se le ocurrió la feliz idea de compraros la consola, pero si por mí fuera, la tiraba por la ventana—eso era lo peor que podía decirles, se ponían nerviositos.

— No, no, aquí la tienes, vino Óscar corriendo a traérsela—iba a ser que tenían razón los demás en que me tenía que poner un poco más dura, me reí.

Se fueron corriendo y yo me quedé mirando a Lidia. Había muertos con mejor cara. Tenía hasta los ojos hinchados de llorar. Me fui a prepararles el desayuno a los niños, casi de puntillas, lo último que quería era despertarla.

— ¿Me pones a mí también un café? —escuché enseguida, tras de mí, con voz de ultratumba.

— ¿Ya estás despierta, amiga?

— No, puedo dormir. Echo un primer sueño profundo, pero en cuanto me despierto, se me mete el run run de Marcos en la cabeza y adiós sueño.

Se me partía el alma de verla así. Ella había sido tantas veces mi paño de lágrimas que lo único que yo quería era poder consolarla un poco.

— Venga, cariño. Hoy es sábado, igual ha estado reflexionando y da señales de vida.

— No lo sé, aunque dicen que la esperanza es lo último que se pierde, yo tengo como una especie de nube negra que me acompaña allá donde vaya. Es como un mal presentimiento sobre Marcos.

— Pues fíjate que yo creo que más que un mal presentimiento es simplemente miedo.

— El universo te escuche amiga, porque de esta pierdo hasta el culo ese que estaba echando, que iba a necesitar tres piernas para sujetarlo.

— ¿Se puede ser más tonta? —incluso en ese momento era capaz de soltar una de las suyas— Estás estupenda, no tienes nada que perder.

— No, solo al novio—comenzó a llorar.

— Mujer, de peso, me refería de peso—yo no sabía qué decir.

En esas llegaron los niños a la cocina.

— A ti te ha picado un mosquito en los ojos—soltó Nuria.

— ¿Por qué dices eso, pequeña? —ya se había encargado ella de limpiarse las lágrimas al escucharlos.

— Porque Óscar es alérgico y cuando le pica un mosquito en un ojo se le pone como a ti.

Irremediablemente, nos sacó la sonrisa. Mis niños valían un potosí. Desayunamos con ellos y yo no sabía cómo plantear el día.

— Tenemos que hacer algo con los peques, ¿eh? —propuso sobre la marcha.

— No he querido plantear nada por no saber lo que te apetece.

— Mira, si te soy sincera, lo que me apetece es acostarme todo el día y taparme la cabeza y todo, amiga, pero no sería justo ni para los niños, ni para ti.

— No es por nosotros, pero que no pienso dejarte ahí acostada todo el día.

— No se hable más, vámonos a comer con ellos al sitio ese que tanto les gusta, al de las parrilladas.

— ¿Sí? Lo veo estupendo.

— Claro y llama también a Mateo.

— Vale—mi cara debió encenderse en ese momento.

Pasamos tranquilamente la mañana en casa, charlando, jugando con los niños y luego arreglándonos.

— Menos mal que tengo gafas de sol XXL, como Gisele Bündchen—hizo la broma cuando se escondió detrás de ellas.

— Vale, pero tú estás guapa de todas maneras—le saqué la lengua.

A la una bajamos y ya estaba Mateo esperándonos en la puerta. Iríamos hasta el restaurante dando un agradable paseo. Mis hermanos se volvieron locos al verlo, así que salieron los dos corriendo y se lanzaron sobre él. Casi lo tiran.

— Es lo que tienen los niños—le hice un guiño mientras se acercó a besarme.

— Me da igual, por verte como si tengo que hacer el pino puente, además, ya sabes que disfruto mucho con ellos.

Se acercó y le dio un abrazo a Lidia.

— ¿Sin noticias del desaparecido? —le preguntó.

— Ninguna, ¿y tú?

— Yo le escribí esta mañana, por si se venía, pero debe tener el móvil apagado, ni le entran los mensajes.

— Bueno, bueno, a lo mejor necesita pensar un poco a su bola—añadí.

— Sí, a lo mejor es eso o la ley de Murphy, que para una vez que de verdad me interesó por alguien...

Para una vez, decía la jodida, cuando era conocer a alguien y pensar que se había enamorado. Eso sí, yo misma reconocía que esta vez era distinto porque con los días, su sensación inicial se iba confirmando y mi amiga se había enamorado hasta el tuétano de Marcos.

Llegamos al restaurante. Era un sitio idílico, decorado en estilo rústico, en el que servían unas barbacoas de padre y muy señor mío. Aparte, contaba con la ventaja de que tenía un gran terreno con columpios y zona de juego para los peques, por lo que a mis hermanos les encantaba.

Nos sentamos y, como era temprano, nos pedimos unas cervezas, mientras los niños se marchaban entusiasmados a jugar.

Tanto Mateo como yo estábamos muy atentos a Lidia, procurando que se sintiera bien y tratando de animarla, cuando observé que a él la cara se le cambió.

Inevitablemente, miré hacia el punto donde él lo estaba haciendo y Lidia me imitó. ¡Ojalá que no lo hubiera hecho! ¡Mierda, habría sitios en la ciudad para tener que coincidir! Dos mesas a nuestra derecha estaban sentados Marcos y Susana.

— ¡Lo sabía! —la rabia, la pena y la ira se reflejaron en el rostro de mi amiga.

— Desde luego que no sé qué decir, es tu hermano, pero vaya tela—le comenté a Mateo.

— Yo tampoco puedo entenderlo. Está cometiendo un error garrafal y lo peor es que lo va a lamentar mucho.

— Pero mucho—soltó Lidia—porque conmigo ya lo tiene todo hecho en la vida. Yo le hago cruz y raya ahora mismo.

— Tranquila, cariño—procuré aplacarla—Igual es que tienen que terminar de aclarar algo o...

— O igual es que acaban de follar y han venido a celebrarlo. No quiero aguaros la fiesta, pero yo me voy de aquí, hombre, me están levantando el estómago.

Enseguida nos dimos cuenta de que Susana acababa de vernos y no nos quitaba ojo de encima.

— ¿Y esa qué mira? ¿Tenemos monos en la cara? —empezó a preguntarnos Lidia, más

indignada todavía, si es que eso era posible.

— No entres al trapo, Lidia, que se viene arriba. Tiene un carácter que no veas—sugirió Mateo.

— ¿Un carácter? Yo me como a tres como esas para desayunar todos los días...

No había acabado de decirlo cuando tomamos conciencia de que se había desatado el caos.

— Oye tú— la increpó Susana desde la su mesa, señalándola con el dedo...

— ¿Yo, qué? —la miró ella, levantándose y nosotros haciendo porque volviera a sentarse.

— Tú, no te hagas la tonta, sé que has tenido algo con mi hombre, pero si te has creído que por eso ya iba a ser para ti, lo tienes pero que muy crudo. Te lo advierto desde ya, apartarte de nuestro camino.

— La que tienes que quitarte de delante de mí eres tú si no quieres que te arrastre por todo el parque ese de tierra. En cuanto a tu “hombre” te lo puedes quedar para ti enterito, pero vamos que sepas que te vas a comer mis babas.

— Eres una soez...

— Y tú una engreída sin dignidad, a la que le da lo mismo por lo que tenga que pasar con tal de seguir aparentando.

— Marcos, nos vamos, no pienso seguir aguantando a esta arrabalera ni un minuto más.

Y sí, por suerte, se levantaron y se fueron, para lo que tuvieron que pasar por nuestro lado. Entre Susana y Lidia saltaban chispas, creíamos que se iban a dar leña allí mismo. En cuanto a Marcos, su cara era de descolocado total, ni sombra del chico divertido y alegre al que nos tenía acostumbrados. Miró a Lidia con gran pena y salió andando.

Tan extraña fue la situación que ni siquiera Mateo y él intercambiaron ni una sola palabra. Todos nos habíamos quedado helados.

El almuerzo fue de aúpa. Menos mal que los peques no paraban de hacer de las suyas y tenían cada ocurrencia que terminaban por sacarnos una sonrisa, pero desde luego que la cara de

nosotros tres era de funeral.

— ¿Cómo estás, cariño? —le pregunté a Lidia tan pronto los niños comieron y se levantaron.

— Como si me hubieran arrancado el corazón de cuajo y se lo hubieran servido en bandeja de plata a esa—se refirió a Susana.

— Yo no sé ni qué decir—Mateo estaba realmente conmocionado—No esperaba esto, me ha cogido tan de sorpresa como a vosotras, y eso que siempre he presumido de conocer bien a mi hermano.

— Yo, obviamente, no te quiero hablar mal de él, pero ha sido un golpe demasiado bajo...— a Lidia apenas le salía la voz del cuerpo.

— Lo reconozco, tanto que de veras me parece impropio de él, no voy a negar que cualquiera puede meter la pata, pero esto me parece demasiado—Mateo estaba hasta colorado.

— Nada, la conclusión se saca rápido: me ha usado para quitarse la pena y ahora que su mujercita lo reclama, se vuelve con ella.

— No sé qué decir—negaba él con la cabeza.

— Tú no digas nada, Mateo—añadió ella—Yo entiendo que estés entre la espada y la pared.

Lidia me comentó que igual era mejor que se volviera a su casa el resto del finde, pues argumentaba que no iba a ser buena compañía para nadie, y yo me negué en rotundo. Mi amiga me había visto demasiadas veces rota en pedazos y me había ayudado a recomponerme como para que yo ahora la dejara en la estacada. Ni en broma.

Mateo estuvo totalmente de acuerdo y lo que hicimos fue estirar la sobremesa todo lo que pudimos, de modo que llegamos a mi casa a media tarde. Los niños andaban un poco revolucionados y él me echó un enorme cable, entreteniéndolos mientras yo atendía a Lidia, a la que le preparé una tila.

— Me muero de la pena, Sheila, tengo el corazón hecho añicos.

— Nosotros te vamos a ayudar, cariño—yo parecía un expendedor de clínex.

— Sí, pero tú no te metas demasiado en el papel que te conozco. Lo que me ha pasado a mí, no tiene por qué pasarte a ti, ni mucho menos. Mateo se ve un tío de los que se visten por los pies, no te preocupes que está por ti. Al final voy a ser yo la que defienda lo de las seis razones...

El tema era hasta cómico. La pobre Lidia lloraba y reía a la vez. Quería animarse, yo la conocía muy bien, lo que no deseaba era que nos sintiéramos mal por ella y sus reacciones eran totalmente contradictorias.

— ¿Os parece si os dejo solas para que cenéis tranquilas? —ofreció Mateo cuando terminó de jugar con los niños.

— De eso nada—contestó Lidia—Solo faltaba que el comportamiento de tu hermano haga que no podáis disfrutar ni vosotros. ¡Una mierda! —volvió a reír y llorar a la vez.

— Vale, vale, pero entonces me ofrezco a preparar yo algo de cena. ¿Os parece?

— Bueno, a eso no le vamos a hacer ascos—le guiñé el ojo, mientras acariciaba a mi amiga.

— ¡Nosotros te ayudamos! —exclamó Nuria.

— ¡Vale! —le siguió Óscar.

Los tres se metieron en la cocina y un rato después aparecieron con una bandeja de sándwiches de pollo que olían a gloria y sabían mejor.

Después de cenar, Mateo se despidió, dándome un beso en la puerta, y yo le comenté que por la mañana le contaba el plan con el que amanecíamos. Le pareció formidable.

Acosté a los niños y volvía al sofá, al lado de Lidia, que seguía como un alma en pena. Recurrí al remedio más típico en estos casos, una tarrina de helado de chocolate, que nos zampamos entera entre las dos.

Horas después seguíamos despiertas. Le estaba costando mucho dormir y, cuando por fin lo hizo, sus suspiros me indicaban que seguía con el corazón encogido.

Capítulo 11



La casa seguía en silencio cuando entré en el baño y me percaté de que tenía ojeras. Y es que, aunque la peor parte se la estaba llevando mi amiga, su sufrimiento también se me hacía muy cuesta arriba.

Escuché voces. Los niños ya estaban despiertos.

— Es raro que no hayáis bajado a darme la murga—comencé a hacerles cosquillas.

— No, porque le he dicho a Óscar que la tita Lidia está malita, porque anoche escuché que lloraba y eso es porque le dolía algo.

A su corta edad, no andaba desencaminada mi hermanita. Desde luego que a mi querida amiga le dolía algo, pero no era nada que se solucionara con una pastilla, a ella le dolía el corazón. Y no poco.

Bajamos y ya estaba en la cocina.

— ¿En esta casa no duerme nadie? —pregunté mientras le daba un beso.

— Eso parece—se encogió de hombros.

— ¿Cómo estás, cielo?

— Peor que anoche.

— ¿En serio me lo dices?

— Sí, reconozco que tenía la ilusión de que todo esto fuera una pesadilla y que Marcos y Mateo aparecieran hoy con chocolate y churros para desayunar, pero va a ser que no.

— Pues la parte de Marcos no puedo solucionarla, pero el resto sí.

— ¿Qué dices?

— Que te vistas ahora mismo, que nos vamos a desayunar chocolate y churros.

Los niños me escucharon y se pudieron a aplaudir. Eran dos golosos de tomo y lomo, por lo que la idea les entusiasmó.

— Llama a Mateo si quieres, anda, no te cortes por mí—indicó.

—No, este es un desayuno familiar. A él lo llamamos luego—comprendí que mi amiga también necesitaba que la arropara un poquito en exclusividad.

—Vale, pero luego lo llamas, que para una vez que parece que se te va a quitar el miedo...— esbozó una leve sonrisa.

—Bueno, bueno, sobre eso habría mucho que hablar, que yo el miedo lo tengo, otra cosa es que Mateo me haga sentir tan bien que procure dejarlo a un lado.

—¡Claro que sí!

—Píntate un poquito, mujer.

—¿Tan mala cara tengo?

—A ver, con lo poco que hemos dormido nos van a confundir con los de la familia Adams, píntate al menos la línea del ojo—sonreí.

—¿Del ojo? Si los tengo como dos huevos. Vamos, que parezco un pescado de esos que los tiene tan saltones, una brótola.

Te tenías que reír con sus cosas incluso en los momentos más amargos. Mi amiga valía mucho, lástima que Marcos no lo supiera apreciar. Él se lo perdía.

Desayunamos fuera y logré que se ambientara un poco y que charlara con los niños.

Nos hartamos de reír con mis hermanos, que eran un caso. Extrañados de que Lidia no tuviera apetito, no paraban de meterle churros con chocolate en la boca, por mucho que ella se resistiera.

— ¿Qué queréis hacer hoy? —les preguntó.

— ¡Playa, playa! —respondieron ellos.

— No, algo más tranquilito que Lidia hoy no está muy bien—les comenté.

— Y un mojón más tranquilito—me miró, poniendo su cara al lado de la de Nuria, que suplicaba por ir a la playa.

— ¿De veras que vamos a ir a la playa? —le pregunté al llegar a casa.

— Sí, mira Sheila, la cosa está muy clara, yo tengo una pena que no me la quita hoy nadie y que será lo primero que eche en la bolsa, pero esté donde esté, me va a acompañar, así que al menos quiero que los niños se lo pasen bomba.

— Venga, pues llamo a Mateo y se lo propongo.

Una hora después estaba él con el coche en la puerta. Delante de los niños no comentamos nada del tema estrella.

Llegamos a la playa y él se encargó de colocar una sombrilla por si los chiquitines querían resguardarse y les aplicó la crema solar. A mí se me caía la baba observando cómo trataba a mis hermanos. Si había un hombre especial en el mundo, ese era él.

Para colmo, sacó de una bolsa que traía sendos *sets* de playa para los niños, que fliparon con ellos y empezaron inmediatamente a hacer construcciones de arena.

— Supongo que no has tenido ninguna noticia—le comentó a Lidia cuando ellos no nos escuchaban.

— Ninguna, ni quiero, por mí que les vaya bonito. Yo ya he visto ayer todo lo que tenía que ver.

— Yo tampoco sé nada de él. Sé que le está costando dar la cara. Le envié anoche un mensaje, pero sigue con el móvil apagado—nos contó Mateo.

— Eso, eso, que esconda la cabeza bajo el ala, que así se hacen las cosas...

— No, desde luego que no se hacen así, te doy la razón por completo.

— Yo estoy con vosotros, aunque supongo que estará avergonzado hasta decir basta.

Por más que conjeturáramos, ninguno podíamos saber qué pasaba realmente por la cabeza de Marcos.

— ¿Por qué no vais a daros un baño? Yo me quedo con los niños—los miró y les indicó que se pusieran a jugar donde estaba ella.

— Vale, amiga—le di un beso.

— Echo de menos nuestros ratitos de intimidad—rio Mateo cuando estuvimos en el agua, a salvo de miradas indiscretas, dándome un precioso beso.

— Yo también, entre unas cosas y otras... Pero pronto volverá todo a la normalidad, al menos para nosotros...—miré hacia donde estaba Lidia y mi cara debió reflejar pena.

— De veras que no sé qué demonios le está pasando a mi hermano por la cabeza, solo espero que reflexione.

— Pues por mucho que reflexione no sé yo qué decirte, a esta jodida se le va a endurecer el corazón, y no es para menos, con el palo que se ha llevado...

— Mal tema he sacado, no quiero que hagas comparaciones—rio, volviéndome a besar y apartándome el pelo.

— No, de sobra sé que dos hermanos pueden actuar de forma muy distinta—me ahuequé en su pecho.

Por día que pasaba, yo sentía que Mateo formaba más parte de mi vida y esa era una sensación que, aunque me seguía dando vértigo, también me maravillaba.

Cuando salimos del agua, Lidia entró con los niños, de modo que nos turnamos para vigilar las cosas. Era un numerito ver lo bien que se lo pasaban con su tita y los muchos esfuerzos que estaba haciendo para que ellos no notaran nada.

— Son un auténtico amor—los miraba de lejos Mateo.

— ¡Qué te voy a contar yo! A mí me tienen loca.

— ¿Los devuelves esta tarde?

— Sí. Mis padres llegan a media tarde y ya vendrán con mono de ellos.

— Y ahora el mono te lo pasan a ti—rio.

— No, no creas, me flipa estar con ellos, pero unos días. Después también valoro enormemente mi libertad y tengo ganas de tener tiempo para pasarlo contigo—le di un beso.

Aquellos eran pequeños avances que yo iba haciendo, pero que para mí eran grandes pasos. La cara que puso me indicó que él también lo veía así,
y no paró de besarme hasta que los chicos salieron del agua.

A la hora del almuerzo nos subimos al chiringuito más cercano, que estaba sensacional y todos nos pusimos hasta arriba de pescado. Lidia fue la que menos comió, pero también la obligamos a que probara de todo.

Antes de salir de la playa, en un momento que nos quedamos a solas, Mateo me sugirió quitarse de en medio un rato, mientras nosotras llevábamos a los niños con mis padres.

— No es necesario. Te puedes venir si quieres...

— Te lo agradezco mucho, pero sinceramente creo que hoy no es el día. Igual tus padres pueden reconfortarla un poco.

— Como quieras, quizás tenga razón...

— Lo que no significa que, si más tarde te quedas sola, no podamos dar una vuelta o algo.

— Y aunque no me quede, te vienes con Lidia y conmigo.

— Hecho.

Sobre las siete nos dejó en casa de mis padres, quedando en recogernos una hora más tarde.

Mi madre, aunque no perdía vista a sus pequeños, que no la soltaban un momento, no paraba de mirarnos, sabiendo que algo pasaba.

— ¿Me lo vais a contar? —dijo cuando mi padre se llevó a los niños para ducharlos.

— Pues que el cenutrio de Marcos se ha vuelto con su mujer, se ha reído de mí y ha jugado con mis sentimientos.

— ¿Cuánto tiempo llevaba separado?

— Poco, mamá. El día que nos encontramos con ellos él estaba todavía llorando por las esquinas—contesté.

— Ese es el problema, que a este chico le ha venido todo esto muy grande.

— Pues si no iba a estar a la altura, que se hubiera apartado—a Lidia le salía la rabia por todos los poros de su piel.

— Yo creo que debe estar muy confundido—mi madre procuraba dar su punto de vista.

— Yo también lo creo—le di la razón—Nos los encontramos ayer en el almuerzo y ella es de armas tomar.

— Pues entonces con más vera—sopesó ella—Si yo fuera tú, me tranquilizaría y esperaría, ¿o no sabes eso de que no se ganó Zamora en una hora? —le guiñó un ojo.

— No, no, yo ya no quiero saber nada. Conmigo no vuelve a este jugar... Que se quede con su Susanita y que juegue a ser el ratón, como en la canción—soltó, provocando nuestra risa.

Salimos de casa de mis padres y ya estaba Mateo en la puerta. Se bajó para saludar y los niños le dieron un montón de besos y abrazos de despedida, para mi regocijo y el de todos.

De allí nos fuimos los tres a mi casa, donde nosotras nos duchamos, y tratamos de convencer a Lidia de que se viniera a cenar, pero no hubo forma. Con el pretexto de que ya estaba muy cansada, quiso marcharse para su casa, aunque yo sabía que en el fondo lo que pretendía era dejarme a solas con Mateo.

Ya solos, salimos a cenar y dar una vuelta. La noche estaba maravillosa y Mateo me llevaba de la mano. Ir así con él me encantaba y no parábamos de mirarnos.

Más que cenar, lo que hicimos fue tapear en un sitio que se ponía hasta la bandera de gente, porque todo estaba delicioso.

— ¿Estás a gusto? —colocó mi pelo detrás de mi oreja.

— ¿Bromeas? —no podría estarlo más.

— Eso es lo único que pretendo, que saques un saldo positivo de cada día y que todos sumen.

Cenamos entre risas cómplices, confidencias y un sinfín de miradas que lo decían todos. El rato pasó volando, era la única pega de mi chico, que tenía la mala costumbre de hacer que el reloj corriera demasiado.

Dimos un paseo, ya que, aunque los dos trabajábamos al día siguiente, no teníamos ganas de despedirnos.

— ¿Un helado? —sugirió cuando comprobó que era hora de ir volviendo a casa.

— ¡Claro! — acepté corriendo. Deseaba prorrogar ese rato...

Nos sentamos en un parque con el helado y de nuevo nuestras miradas fueron las protagonistas. Perderme en sus ojos se estaba convirtiendo en mi afición favorita y parecía que a él le ocurría lo mismo.

Terminado el helado, hizo que subiera los pies al banco y me quedara tumbada sobre sus piernas mientras, delicadamente, me besaba y acariciaba en un festival de arrumacos interminables.

Cualquiera que observara la escena desde fuera diría que éramos dos quinceañeros y no lo seríamos, pero sentíamos la misma emoción.

Mal que nos pesara, llegó la hora de despedirnos y nos fuimos dando un paseo hacia mi casa, contándonos mil y una batallitas y dejando algunos momentos más para esos silencios y miradas que lo decían todo.

Nos despedimos en el portal porque, de haber subido, yo ya no respondía de mis actos. Era mucha la atracción mutua y se notaba. No se movió de allí hasta que no me perdió de vista.

Abrí la puerta de mi casa con la sensación de que aquel fin de semana nada había tenido que ver con el anterior, pero una cosa seguía estando clara: lo que Mateo y yo sentíamos el uno por el otro no hacía más que fortalecerse cada día.

Capítulo 12



Esa mañana la casa parecía otra, todo calma, sin el revuelo de los niños, sin todo aquello que se había formado el fin de semana.

Me daba mucha pena lo que le estaba pasando a mi amiga, lo de Marcos había sido un palo tanto para ella, como para su hermano y para mí.

Me preocupaba mucho que Lidia cayera en una de esas depresiones que no te dejan avanzar. La había visto demasiado mal y eso me partía el alma, desgarraba mi corazón y me causaba una tristeza demasiado grande.

Desayuné mientras le ponía un mensaje preguntándole cómo había amanecido, pero claro, la respuesta ya la esperaba y fue la que me dio, estaba hecha pedazos.

Me puse a trabajar como loca. Ya había comenzado el horario de verano así que a las dos cortaba, eso mismo hacía Mateo, en julio y agosto en su empresa solo trabajaban en horario de mañana.

A las dos y cuarto apareció por mi casa con una cacerola de albóndigas en salsa. Me lo había comentado por la mañana, así que yo ya tenía las patatas cortadas para freír y acompañarlas.

— Cuánto lo siento por Lidia, el mal rato que se llevó...

— Ya ¿Y tu hermano te dijo algo hoy?

— Estaba como ido, pensativo, no quería hablar y yo realmente pasé de él, esta batalla la tiene que librar solo, yo ya le dije todo lo que debía.

— Pues sí — solté el aire.

— Yo no quiero por nada del mundo que esto nos perjudique — se acercó y me agarró por la cintura.

— Tranquilo, no tiene nada que ver una cosa con la otra...

Nos fundimos en un beso de esos que transmiten sinceridad, con sentimientos, con miradas envueltas en mensajes que solo dos personas con esa conexión son capaces de descifrar.

Nos sentamos a comer un rato después y se nos veía felices a los dos. Era la realidad. Nos aportábamos algo que nos hacía tener la sonrisa suelta en todo momento.

Después nos fuimos con el café al sofá, donde un beso llevó a otro, un abrazo pasó a una caricia y una mano se perdió en mi zona prohibida abriéndole paso a que hiciera lo que quisiera. Yo ya estaba dispuesta a entregarme a él, lo estaba deseando, así que me hizo llegar a un orgasmo de esos que te doblan de placer.

Y pasó en ese sofá donde se despojó de su ropa. Tenía un cuerpo imponente, trabajado en el gimnasio, con esos brazos que me sostenían las caderas, mientras yo estaba sentada sobre él notando su miembro.

Lo hicimos, mirándonos a los ojos, con sus manos dirigiendo los movimientos y nuestras respiraciones agitadas de placer.

Por la tarde llamamos a Lidia y la invitamos a tomar un café. Cuando llegó a casa era como una muerta viviente, pálida, ojeras y con una tristeza que impresionaba.

— Me llamó mientras venía hacia aquí — se sentó en la barra por la parte del salón.

— ¿Y?

— Pues que sentía lo que me había hecho, que podía haber funcionado lo nuestro, pero que por mucho que le doliera tenía que volverlo a intentar con ella.

— Estúpido...— murmuró Mateo.

— No me lo puedo creer — me había quedado boquiabierta.

— Tiro la toalla, lo siento, pero ya no quiero saber más de él, que se choque con el muro, que sea un infeliz o lo que él decida, pero que es una decepción lo es y en mayúsculas — acariciaba a mi perro Tino, que al sentirla triste se acercó a ella.

— Si no la tiras tú, te obligamos a tirarla nosotros — dijo con todo serio Mateo — Mi hermano que se estampe, no tiene por qué arrastrar a nadie a sus estupideces.

— ¿Sabes? Estoy tan en shock desde que los vimos juntos, que hoy cuando me dijo que lo iba a intentar con ella, ni me inmuté, le dije que mucha suerte y le colgué.

— Estás decepcionada y es normal tu dolor, pero se te pasará, hemos salido de peores.

— Mis castas ¿Cuándo nos salió algo bien?

— Buenas tardes, estoy aquí — soltó bromeando Mateo como diciendo que él no había salido aún mal.

— Bueno, a ti te tenemos en cuarentena — dije soltando una carcajada — Veremos si no nos sales rana también.

— Una cosa — intervino Lidia en un intento de bromear — Te saldrá rana a ti, que yo ya tuve bastante con uno como para aguantar a otro. Este para ti — me sacó la lengua.

— Bueno, bueno, ya me están sorteando — volteó los ojos Mateo.

Intentamos sacarle unas risas a Lidia, pero la verdad era que estaba tocada y hundida, como el barco.

Estuvo una hora con nosotros y luego se marchó. No aceptó quedarse a cenar, ya que decía que tenía ganas de llegar a su casa, meterse en el cuarto e intentar dormir temprano.

— Mi hermano la cagó, pero bien cagada— decía negando cuando se fue mi amiga.

— Se le fue la cabeza...

— Con todo lo que le hizo Susana, no me lo puedo creer.

Ni yo tampoco me lo podía creer después de lo feliz que lo veía con Lidia. No entendía esa capacidad de transmitir algo que no sentía realmente, pues al final fue asomar la otra las orejas y él se fue como un corderito.

Aquella noche se quedó conmigo Mateo, cenamos una ensalada, vimos una película y luego nos fuimos a dormir...

Bueno, a dormir un rato después, en esos momentos volvieron esos deseos irrefrenables que invadían nuestros cuerpos.

Por la mañana desayunamos juntos. Nos levantamos entre risas y besos, me gustaba cada vez más, eso era inevitable.

Tras los cafés nos despedimos, quedamos en que volvería a la hora de la comida y traería un pollo del asador.

Tino me miraba desde su rincón mientras yo saltaba feliz. Se había ido Mateo, pero iba a regresar a pasar el día conmigo y quién sabía si la noche...

Lidia me puso un mensaje diciendo que ya me contaría a la una y media cuando saliera de trabajar, pero que la había tenido gorda con Susana, así que me pasé toda la mañana comiéndome el coco y pensando que dónde se la habría encontrado.

A esa hora me llamó y me quedé a cuadros.

— Estaba en la puerta de la clínica...

— ¿Qué dices? ¿Quién le dijo que trabajabas allí?

- No lo sé, espero que no haya sido Marcos pues lo puedo matar, por mi vida que se entera.
- ¿Qué te dijo?
- Que o me iba por las buenas y dejaba en paz a Marcos, o lo iba a hacer por las malas.
- ¿En serio?
- Te lo juro. Yo le dije que se iba o le tiraba el café que llevaba en las manos encima.
- ¿Y qué dijo?
- Se fue gritando que nos volveríamos a ver las caras, que lo suyo no se lo quitaba nadie ¡Ni que yo lo quisiera!
- Pues no lo entiendo y menos que Marcos permita esas cosas...
- Lo mismo no lo sabe.
- Ya, aunque es muy sospechoso que ella sepa dónde trabajas, pero vamos, no creo que sea tan gilipollas de habérselo dicho él, no sé, yo que tú pasaba del tema.
- Y eso hago. Hoy me levanté mucho más fuerte, te juro que no pienso ser yo la que sufra por nadie y menos por él, pero no quita que me duela. Eso sí, esto no va a poder conmigo.
- Esa es la actitud.
- ¿Y tú qué tal? Aparte de que te quedaste con la mejor parte, valga la redundancia.
- Bueno, eso está por ver. Ahora va a venir a comer y ayer se quedó a dormir aquí.
- Pues entonces esta noche se quedará de nuevo, ya no te lo quitas de encima ni con agua caliente.

— No sé, yo también ando a la expectativa.

— A Mateo se le ve un buen hombre...

— Sí, pero claro, todos somos buenos hasta que se demuestra lo contrario. Ahora mismo estoy bien, pero tiempo al tiempo.

— Como ese capullo te haga algo me lo cargo, avisado queda.

— Tranquila Lidia, que si este se pasa tres pueblos, la que lo pone en su sitio soy yo, ya estoy hasta las narices de gilipollas.

— Pues anda que yo — escuché cómo resoplaba.

Mateo llamó al telefonillo y yo seguía hablando con Lidia, que estaba comiendo teléfono en mano.

Lo besé y le hice señas para que lo dejara todo en la encimera. Había traído el pan, el pollo, unas croquetas de las que cogí una cuando las puso sobre la mesa y patatas.

Tino no tardó en mover el rabo para que le diera un poco, le encantaba la comida humana, no el pienso, ni la diseñada para perros.

Terminé de hablar mientras Mateo se cambiaba y se ponía cómodo.

— Traes una bolsa con ropa, me estoy temiendo lo peor — me acerqué a besarlo.

— Si piensas que me vas a echar hoy de aquí, lo llevas mal, no me conoces — me apretó fuerte contra él, pude notar su...

— Ejem, ejem. Toca comer — le dejé entrever que lo estaba notando.

— Lástima... No tenía tanta prisa — hizo un carraspeo con la garganta.

— Mateo...

Ni mateo, ni hostias, ya tenía yo el vestido camisero hasta el cuello y las bragas en el suelo. ¿Era mago? Era un visto y no visto.

Me subió a la mesa de la cocina por la parte del salón, al lado el pollo que deleitaba mi olfato. Las tripas me crujían, las piernas me temblaban y la respiración se me agitaba.

Lo hicimos ahí, yo tumbada con las piernas al filo de la mesa, él de pie en la posición perfecta. Nunca me imaginé que esa mesa pudiera ser tan placentera para momentos como aquel.

Tras hacerlo me quedé sentada, negando mientras sonreía y él se iba hacia el baño mirándome sonriente. Por poco se come la pared del pasillo y yo me tuve que echar a reír, pero a carcajadas.

Nos sentamos a almorzar en un silencio lleno de sonrisas y miradas que lo decían todo, hasta que Mateo interrumpió.

— ¿Sabes que tengo un plan?

— Ajá, algo debes estar tramando con esas miradas — aguanté la risa, me ponía nerviosa su forma de mirarme.

— Cásate conmigo...

— ¡Mateo! — comencé a rascarme el cuello y el pecho con fuerzas — no me sueltes esas cosas que me da urticaria. No me caso ni aunque me pongan un millón de euros sobre la mesa. Haz el favor y no me des la comida — le advertí a carcajadas.

— Bueno, tengo un plan B...

— ¿Tú estás hoy muy aburrido?

— No, estoy decidido — me hizo un guiño.

— ¿A qué? — resoplé riendo.

— Hoy me quedo aquí a dormir y mañana, pasado también, pero me voy el viernes por la mañana hasta el lunes, bueno nos vamos, o sea, que te espero al mediodía a comer en mi casa y te quedas hasta el lunes por la mañana donde repetimos. Yo me vengo de lunes a viernes y tú de viernes a lunes. Descartada la boda...

— ¿Me estás planteando vivir juntos? — solté una carcajada.

— ¿Yo? ¡Para nada! Te digo que me dejes hacerte compañía entre semana y tú me la hagas a mí los fines de semana. Estamos viejos, ya nos hace falta un poco de cariño — apretó los dientes aguantando la risa.

— Mateo, me está sentando fatal el pollo...

— Mientras sea el pollo — sonrió con amplitud — ¿Aceptas?

— A ver, que te quieres quedar, te quedas, que te quieres volver a quedar, pues te vuelves a quedar, a mí no me molestas y sabes que me gusta tu compañía — en ese momento solo me quería tirar a la piscina y saltar de alegría, pero tenía que fingir que me lo tomaba como algo sin importancia, ¿me estaba pidiendo vivir con él? Moría de amor, era la verdad, a la mierda todas esas razones.

— ¿Y aceptarás mis invitaciones los fines de semana?

— A ver, claro que iré algún que otro fin de semana si me invitas, pero sabes que otros no podré, pues mis hermanos disfrutaban mucho quedándose a dormir conmigo algunos fines y a ellos no puedo renunciar — venga que me dijera lo que yo quería escuchar.

— Pero eso no es problema, sabes que tengo jardín, pequeño, pero lo tengo, pueden venirse con nosotros, lo pasaríamos genial, además de llevarlos a comer y al parque...

Joder acababa de tener un orgasmo de babeo, no solo me quería a mí, también quería disfrutar de mis hermanos ¿Cabría la posibilidad de que no fuera humano? No me podía creer que la vida

me lo pusiera todo tan bonito de repente ¿Dónde estaría el truco?

— Ya vamos viendo, sin problema — sonreí.

— Yo ya traje ropa hasta el viernes, así que poco hay que ver — se encogió de hombros y levantó la ceja.

— Está bien, pues el fin de semana te devuelvo la visita — le saqué la lengua, intentando evitar que notara la de nervios que habían invadido mi cuerpo.

— ¿Vamos a ser compañeros de piso con derecho a roce?

— Ya empezamos a exigir — volteé los ojos.

Y ese fue el comienzo de una semana donde estuvo todos los días conmigo. Se iba por la mañana a trabajar, volvía al mediodía y así vuelta a empezar.

Era muy apañado, por las tardes dejaba hasta comida hecha para el día, siguiente. Si la hacía yo, él me ayudaba.

El jueves vino Lidia, estaba mal, se le notaba la cara de tristeza esa que nos partía el alma, la convencimos para que se quedara a cenar y así intentamos animarla un poco.

Marcos no le comentaba nada a Mateo en el trabajo de Susana, ni de lo que estaba pasando. De todas formas, mi chico estaba de lo más enfadado con su hermano, casi no le dirigía la palabra por lo que había hecho.

Capítulo 13



Y llegó el viernes, esta vez me tocaba ir a su casa a mí.

Desayunamos juntos y quedamos en vernos al mediodía, yo iría en mi coche cuando terminara de trabajar, él iba a comprar pescado en un freidor para el almuerzo.

Cuando llegué a su casa ya tenía todo preparado en el jardín, cervecitas frescas incluidas.

Tino se puso a dar vueltas en el jardín moviendo la cola de lo más rápido, parecía que aquel lugar le había gustado y mucho.

Me encantaba cómo Mateo me trataba, cómo me cuidaba y hasta cómo me miraba.

Me sentía especial, era algo que no me había hecho sentir ningún hombre. A este todo a mi lado le parecía poco, intentaba en todo momento hacer lo que fuera por sacarme una sonrisa y hacerme sentir bien.

Esa tarde llamamos a Lidia para que se viniera a tomar algo y aceptó encantada, estaba de lo más agobiada.

— Necesito un día de playa — dijo nada más entrar — Y dos litros de alcohol a palo seco — me abrazó.

— Ya, es verdad que es necesario lo de la playa y el alcohol — intervino Mateo que también la abrazó — Así que podemos hoy beber y mañana playa — hizo un guiño.

— Me apunto, además vine con bolsa incluida, que tengo en el coche y ahí eché bikini y de

todo, por si me invitáis a quedarme — sonrió en plan bromista.

— Tu casa es — le pellizó la mejilla Mateo.

— Pues dame los papeles que la pongo a la venta, me hace falta pasta.

— Mejor te presto la pasta — volteó los ojos.

Mateo puso algo de música en el jardín y preparó todo sobre la mesa, las botellas, latas, copas y cubitera de hielo.

Lidia nos estuvo contando que bueno, a pesar de querer pasar lo estaba pasando jodidamente mal, que no es que se hubiera enamorado como una loca, pero aquello lo vivió con intensidad y que le había encantado Marcos, así que el palo había sido brutal.

Mateo estaba tan enojado y decepcionado con su hermano que solo hacía negar con la cabeza.

Intentamos pasar del tema y disfrutar de las copas, no quería ver a Lidia mal, ya que me dolía demasiado.

Por la noche, Mateo con todo el arte se metió en la cocina y apareció con un montón de productos ibéricos sobre una bandeja, todo perfecto puesto, además de una tabla de diferentes quesos.

— Por favor, esto tiene una pinta todo...

— Pues come, tienes muy mala cara.

— Por culpa del hermano de este — soltó una carcajada.

— Te voy a decir una cosa, a ese le corto los huevos, pero a ti te busco uno mejor — bromeó Mateo.

— ¿Y para qué quiero otro? ¡Quita! Me voy a meter a monja.

— Pues yo me voy contigo.

— Sí hombre y que yo os voy a dejar... — negaba riendo Mateo.

Cogimos el punto con el alcohol, al final terminamos los tres muertos de risa con las cosas que contaba Lidia referentes a anécdotas que habíamos vivido juntas, pero es que nosotras nos la buscábamos, no era para menos.

Se quedó a dormir con nosotros, bueno ella en uno de los dormitorios de invitados, Mateo y yo en su habitación, era espectacular como toda la casa.

Por la mañana me sorprendió que ya no estaba en la cama, pero un silbido nos hizo despertar, así que salimos al jardín y nos emocionamos con aquel desayuno continental que nos había preparado.

De allí nos fuimos a la playa, nos pusimos en las tumbonas de un chiringuito, eso de tener todo a mano era lo que nos gustaba.

— ¡Hermana! — La voz de Nuria me hizo incorporarme.

— Pero bueno ¿Qué hacéis aquí?

— Vamos a comer aquí — señaló a mis padres sonrientes en una de las mesas que había detrás de las hamacas.

Nos levantamos y fuimos hacia ellos a saludarlos, Mateo llevaba a los niños de la mano, les había faltado tiempo para engancharse a él.

— Como no hay playa...

— Hija, si es que sabes que este es nuestro chiringuito favorito, lo raro es que no nos encuentres en él — me besó después de saludar a los demás.

Mis hermanos no tardaron en ponerse a jugar en el parque que habían en la arena, era del chiringuito. Hasta pequeñas piscinas habían puesto, aquello estaba genial.

Nos sentamos con ellos a tomar algo y comer. Indiscutiblemente eran muy buena compañía, los mejores padres del mundo, al menos a mí me lo parecían.

— Hermana, papá nos puso una paga a los dos — dijo Nuria apareciendo de lo más feliz.

— ¿Una paga? ¡No me lo puedo creer!

— Sí, todos los sábados nos da a cada uno dos euros — sonreía emocionada.

— Pues yo os voy a dar uno a cada uno cada sábado — le hice un guiño y se puso a tocar las palmas.

— Pues yo también — intervino Lidia haciendo un guiño.

— Me apunto, yo dos, que estas chicas

— son muy rácanas — bromeó Mateo.

— Eso entonces son seis euros para cada uno los sábados — a la niña le faltó tiempo para sumar, nos echamos a reír todos — Me voy a jugar Sheila, encárgate de cobrar a tus amigos — nos tuvimos que volver a reír.

Comimos charlando animadamente y no, no podía ser, Susana venía por la pasarela directa al chiringuito, sola. Lidia y Mateo la vieron, nos miramos los tres y a mis padres, que estaban al corriente, les dijimos quién era.

No parecía estar buscando a Lidia, primero porque no tenía por qué saber dónde estaba y segundo porque no tenía sentido que siguiera con esas.

Iba a pasar por nuestro lado y nos iba a ver, así que yo contuve el aire y recé interiormente para que no hubiera ni una tontería delante de mis padres, pero bueno que si pasaba cobraría por todos lados.

— Puta — soltó del tirón mirando a Lidia mientras iba para la otra mesa.

— Qué asco que alguien como tú haya sido parte de mi familia — dijo Mateo.

— Será hija de puta la niña — dijo mi madre sin poderlo evitar.

— Hija de puta y amargada — respondió Lidia en voz alta y mi padre me miró alucinando — Te veo muy sola últimamente — prosiguió mi amiga.

— Si, los pañuelos son para usar y tirar como tú.

— Huy, que me llamó pañuelo, vale, pero me suena que a Marcos también...

— A mi hermano que lo llame como quiera, se lo tiene merecido.

— ¿Y tu hermano dónde está? — preguntó mi madre sin entender nada.

— Pues no lo sé, se suponía que con ella, pero por lo que veo no deben estar juntos.

— Tu hermano la cagó, pero bien — negué indignada.

— Me temo que pasó algo gordo, tengo esa corazonada, pero allá él.

— ¿Cómo de gordo? — preguntó mi padre preocupado.

— Pues no sé, pero esto me huele muy mal. Yo a mi hermano no lo creía capaz de volver con ella y lo hizo, ahora esto, aquí pasó algo que se me escapa, pero todo apunta a que tiene que ver con esa — hizo un gesto con la cara señalando a la mesa donde estaba Susana tomando un vino y toqueteando el móvil.

Nos quedamos todos alucinando, después de comer mis padres ocuparon las hamacas de al lado de las nuestras y pasaron el día también en la playa, los niños estaban disfrutando como locos, se lo estaban pasando pipa.

Por la tarde Lidia se fue para su casa, no se quería venir, estaba cansada y decía que tenía ganas de relajarse en su habitación. La vi un poco mejor, no sé, pero algo me decía que haber visto a Susana sola le había hecho sentir algo extraño, como que se vio sumergida en muchas dudas, como nosotros.

Mateo y yo nos fuimos con mis padres para su casa, ya que nos dijeron que iban a hacer una barbacoa con carne que compraron por la mañana, así que nos apuntamos y mis hermanos se pusieron de lo más felices.

Tuvimos una velada animada, luego nos fuimos para su casa, Tino nos recibió de lo más feliz, la verdad que demasiado el pobre con el cambio de casa y tan bueno.

El domingo lo pasamos en la casa, relajados, la pasión fue la nota predominante, la tensión sexual se podía notar por todos lados.

Me sentía con Mateo como si lleváramos juntos toda la vida, no le sacaba ni un defecto y me estaba tumbando esas razones que yo generalicé en mi cabeza para todos los hombres.

Ese día fue impresionante, de los que disfrutas a cada segundo, que te sientes cómoda, percibiendo que todo está en orden y bien, pero en el fondo tenía un miedo bestial a que pasara algo y todo se fuera a la mierda como tantas veces había ocurrido. Sin embargo, esta vez él era diferente, sin dudas que lo era, nada que ver con el resto de los hombres con los que yo había estado, que eran egocéntricos, poco atentos y muy de pajaritos en la cabeza.

Me encantaba eso de dividirnos entre las dos casas, así estábamos en los dos terrenos. Además, entre semana me venía mejor la mía, ya que yo trabajaba desde ahí. Aunque era cierto que mi portátil podía ir a cualquier sitio, y que era el foco de mi trabajo, yo me sentía cómoda en mi despacho, ese que acondicioné en la terraza y que me daba una paz enorme.

Por la noche preparó su bolsa y la metió en su coche para al día siguiente cuando saliera de trabajar tirar para mi casa, de modo que nos acostamos temprano, ya que tendríamos que madrugar.

Para mí constituía todo un espectáculo dormir con él, además de ser cariñoso y bromista, Mateo se preocupaba porque estuviera cómoda, porque no sintiera que me faltaba nada, me arropaba muchísimo.

Ahora me veía como mis padres, yo siempre había adorado el matrimonio que formaban, el amor que se tenían y que con el pasar de los años se iba acrecentando, nada iba para abajo, no dejaban decaer esa chispa que se notaba a simple vista que saltaba entre ellos. En los tiempos que

corrían eran todo un ejemplo de amor, unión y respeto.

Y ahora yo me sentía especial y la causante de esa constante sonrisa en la cara de Mateo...

Capítulo 14



Despertar haciendo el amor, eso era comenzar una gran semana...

Desayunamos en su casa y nos despedimos hasta el mediodía.

Me fui hacia la mía. Llegué y me preparé otro café, además de sacar la ropa de la bolsa, luego me puse a trabajar inmediatamente.

La mañana pasó rápida, en un plis plas. Me alegraba mucho que pasara así, ya que estaba echando de menos a Mateo, increíble pero cierto.

Cuando terminé de trabajar me puse a calentar la comida, ya estaba hecha del día anterior, pues la cocinamos en su casa.

Llegó sonriente, me besó y me dijo que me agarrara para escuchar lo que me tenía que contar.

— Mi hermano hoy se sinceró conmigo, llorando...

— ¿Y?

— Pues muy fuerte, resulta que Susana, cuando fue a buscarlo la primera vez estando con Lidia, le contó una mentira muy grande...

— No entiendo.

— Le dijo que había vuelto porque estaba embarazada de él, que por eso dejó al otro y que o volvía con ella o se iba con el niño a Estados Unidos y no vería jamás a su hijo.

— ¡Hija de puta!

— Mi hermano se acongojó, pero tenía la mosca detrás de la oreja. No quería alarmar a nadie

y prefirió acatar lo que ella decía sin dar explicaciones, pero averiguar la verdad, dado que ni él se la llegaba a creer por completo.

— ¿Y entonces?

— Cogió cita para el ginecólogo con el pretexto de ver en directo la eco, y ella inventó una excusa para acudir sin él, así que lo aplazaron para dos días más tarde y lo mismo. Finalmente se percató de que era mentira, y encima ella le contó que había sufrido un aborto y no le quería hacer daño, que le practicaron un legrado sola...

— ¡Qué hija de puta! — resoplé.

— Mi hermano está destrozado, está que da pena, ahora va a ir a buscar a Lidia cuando salga del trabajo, quiere al menos pedirle perdón por todo...

— Veremos cómo lo recibe esta...

— Ya, mi hermano sabe que le va a costar entablar conversación.

— ¿Y por qué no le pone un mensaje primero explicándole todo para que así ella lo pueda leer y estar al tanto de lo que va a contarle?

— Eso mismo le dije yo, pero no, él quiere ir cara a cara a hablar con ella.

— No sé si ponerle un mensaje diciéndole que pase lo que pase escuche... No quiero que se la líe.

— Da igual, déjalos, verás como al final hablan y se entienden.

— Joder es muy fuerte, si me pasara a mí no sé cómo actuaría, pero es que entiendo el miedo que debió sentir tu hermano.

— Claro, ahora yo lo entiendo también, me duele mucho por Lidia, pero ojalá lo perdone, aunque lo vea ya solo como amigo, que al menos no se dejen de hablar.

— ¿Como amigos? En cuanto se le vaya el dolor ya está revolcándose con él — solté una carcajada.

Era muy fuerte que Susana tuviera una mente tan retorcida para volver con Marcos fingiendo un

embarazo, había que ser mala persona para hacer algo así, pero por lo que veía en la viña del señor tenía que haber de todo.

A las ocho y media de la tarde sonó el telefonillo, algo me decía que era Lidia y lo era, lo que no esperaba era que viniera con Marcos, traían unas pizzas, además de unas sonrisas de orejas a orejas.

— ¿Te enteraste lo hija de puta que era mi amiga Susana? — preguntó con sarcasmo Lidia.

— Sí, hija... — resoplé con rabia.

— Pues que le den, yo como le he dicho a este — señaló con el dedo a Marcos — No voy a juzgarlo pues si me hubiera pasado a mí también hubiera tenido la mente fría hasta descubrir la verdad.

— Pues sí, te alabo por ello.

— Bueno, ya podéis descorchar un vino que los lunes también se bebe — propuso Lidia con un tono de felicidad increíble.

Yo sabía que mi amiga estaba muy pillada por él, que aunque me hubiera dicho que aún no estaba enamorada estaba en el camino. Lo había notado por ese dolor que esos días se le había visto reflejado en la cara.

Lo miraba feliz y Marcos estaba cortado, intentaba evitarlo, pero se le notaba en la expresión que no lo había pasado nada bien, que tenía una sensación extraña dentro por lo ocurrido y es que no era para menos...

Era lunes, pero ya empezábamos a planear el fin de semana, ir a celebrar que todo estaba bien y cómo no, ya comenzó mi amiga a lanzarle tiritos de que se iba a ir de acampada a su casa, él reía y le decía que encantado, que la recibiría con los brazos abiertos.

A Mateo se le había ampliado la sonrisa, era normal, su hermano, su amigo... Marcos lo era todo para él y esos últimos días estuvieron muy enfrentados por culpa de una mentira que vino a enturbiar sus vidas y todo sin comerlo, ni beberlo.

Ahora me preguntaba yo si era de verdad que esos chicos tenían todo para tumbar mis razones o de lo contrario ¿Serían solo un amor de verano?

Epílogo



4 años después...

— Menos mal que te tengo a ti—mi madre estaba totalmente emocionada aquel día y no era para menos—Me has ayudado mucho, hija.

Juntas ya habíamos derramado alguna que otra lagrimita ese día y las que nos quedaban.

— Es que te juro que son dos muñecos—decía una emocionada Lidia con su bebé de cinco meses, Daniela, en brazos.

— Sí que lo son. ¿Dónde está lo más bonito de su madrina? —le hacía yo arrumacos al bebé, que se partía de risa conmigo.

— Hija de mi vida, que tiene pasión contigo. Ni te imaginas lo que lloró anoche cuando os fuisteis—me contaba Lidia.

— ¿Sí? Ains, tráela un poquito que me la coma.

Daniela era un caramelo y aquel día, con su batón cortito y veraniego de piqué, ranita a juego incluida, es que estaba para tirarle un pellizco.

— Ahí vienen, ahí vienen—nos advirtió Mateo, que estaba con Marcos en el banco de atrás.

— ¡Graba, graba! —le recordé.

— Tranquila, que ya lo estoy haciendo.

Al llegar a la altura de nuestro banco, Nuria nos regaló la más preciosa de las sonrisas y Óscar

nos sacó rápidamente la lengua, pero enseguida reparó en que lo estaba mirando el párroco y se contuvo.

Había llovido mucho desde que comenzó nuestra aventura con los chicos y nuestra vida había cambiado por completo.

Mateo y yo vivíamos en su casa, a la que habíamos hecho algunos cambios al gusto de ambos, sobre todo con intención de poner allí mi despacho. En cuanto a la mía, la manteníamos cerrada de momento. Me daba una pena increíble alquilarla y arriesgarme a que me la destrozaran y mi chico estaba de acuerdo, así que la conservábamos como inversión.

Yo solía decirle que siempre podíamos venderla cuando fuéramos viejecitos y usar lo obtenido como complemento de nuestra jubilación, para andar más desahogados. Lo que más deseaba para ese entonces era viajar y eso es lo que haríamos, de hecho, las dos parejas y Daniela al día siguiente.

Lidia y Marcos vivían también su preciosa historia de amor. Ambos tenían completamente olvidado aquel bache inicial por el que pasaron y que, una vez superado, supuso una prueba más de un amor que se mantenía inquebrantable en el tiempo.

Fruto de dicho amor, había nacido Daniela, que nos tenía a todos embobados. Un bebé rollizo y precioso que nos dio un inmenso susto en el nacimiento al venir con varias vueltas del cordón, pero que, tras unos segundos que a sus padres se les hicieron eternos, rompió a llorar como señal de que ya estaba en el mundo y de que había llegado a él para guerrear, pues desde el primer momento nos enseñó que tenía el fuerte carácter de mami. Eso sí, igual que ella, era inmensamente feliz y no dejaba de sonreír.

Mis padres estaban aquella mañana de lo más orgullosos. Los mellizos hacían la Primera Comuni3n y yo les había ayudado con todos los preparativos para el gran día.

Ni que decir tienen que lo que mis hermanos estaban deseando como regalo era un viaje a Disney, que habíamos proyectado hacer todos juntos, pero en el verano, por cuestiones de trabajo de mis padres.

Los niños ya estaban en el altar y mi madre me apretaba fuerte la mano. No podían estar más guapos. La mañana en casa de mis padres había sido una carrera para vestirlos, peinarlos,

hacerles fotos y lograr que se calmaran un poco, porque estaban que se salían del pellejo.

Nuria se mostraba más segura de sí misma, como era ella, pero Óscar llevaba toda la mañana diciendo que se hacía pipí de los nervios y allí lo teníamos que parecía tener el baile de San Vito.

Ambos seguían siendo dos pedazos de personajes y Óscar estaba llamado a protagonizar la gran anécdota del día.

El caso es que cada niño tenía asignada una petición, para que se acabara el hambre en el mundo, para quienes sufrían enfermedades, para quienes se veían envueltos en situaciones de guerra... Uno a uno los niños fueron haciendo la suya delante del micrófono y cuando le tocó a él dijo: *“Yo pido... permiso para ir al baño porque no puedo más”*. La iglesia entera se vino abajo de la risa y hasta el cura dijo que jamás en todos sus años de sacerdocio había escuchado una petición más espontánea y divertida.

Mis hermanos eran así. Crecieron felices y naturales, como lo hice yo en mi momento y era su día.

Terminada la misa, salí de la mano de Mateo, el hombre que se había convertido en mi gran compañero de aventuras y que me había enseñado que las palabras sobran, cuando las acciones actúan. Y él había actuado todos y cada uno de los días desde que nos conocíamos como lo que era, un auténtico amor.

Nuestra vida en común no podía ser más dichosa. Como mujer, me sentía totalmente amada y mimada por un hombre al que jamás le faltaba un detalle ni una palabra bonita que ofrecerme. Teníamos un truco que considerábamos infalible. Si algún día había entre nosotros un disgustillo, por mínimo que fuera, jamás nos íbamos a dormir sin resolverlo.

Mateo se había convertido en mi vida y hasta la fecha los niños no habían llegado. Considerábamos que todavía teníamos tiempo y no habíamos corrido al respecto. De momento teníamos faena con mis adorables hermanos, que seguían siendo dos trastos y con Daniela, la peque de la familia, que nos tenía sorbido el seso a su tío y a mí y no digamos ya a sus padres.

La celebración de la Primera Comuni3n sería en un club social muy elitista al que pertenecían mis padres y con el que mis hermanos estaban muy familiarizados desde peques. Allí todos los conocían y les habían montado un tinglado espectacular, no exento de numerosas sorpresas para

ellos a lo largo del día.

A la salida de la iglesia estuve conversando con Telma y Lucas los padres de Lidia, que como era lógico estaban también invitados, así como con mis suegros y los de mi amiga, que claro está, eran los mismos. Ellos eran parte integrante de nuestra familia.

Telma no paraba de decirme que yo estaba guapísima pero que una barriguita me iba a sentar sensacional y yo le decía que tiempo al tiempo, que de momento estábamos disfrutando todos de Daniela.

— Sheila, Sheila, ¿he recitado bien mi petición? —venía corriendo a mis brazos Nuria.

— ¡La que mejor! —la cogí en brazos. Parecía una auténtica princesita con su vestido blanco.

— ¿Mejor que yo? —Óscar es que se moría de la risa, el muy bandido.

— Lo tuyo es que ha sido de traca—le revolví el pelo con la mano.

— ¡No me despeines que hay muchas chicas mirándome! —me guiñó el ojo. Era otra monería con su traje de chaqueta de pantalones cortos.

— ¡Foto familiar! —nos indicó Mateo para que nos pusiéramos los cinco.

— ¿Y tú?

— No, no, yo os la hago.

— De ninguna manera, la familia no está completa si tú no sales—le dijo de todo corazón mi madre.

— Ponte ahí y calla—le indicó Marcos, sacando su móvil de última generación.

Lo cierto era que, si en lo personal nos había ido a los cuatro de fábula, en lo profesional no menos. Todos y cada uno de nosotros habíamos prosperado en ese tiempo y lo que era todavía más importante, habíamos logrado compatibilizar a la perfección lo laboral y lo personal, de modo que disfrutábamos de más tiempo libre.

Llegamos al club y el entorno parecía de cuento de hadas. Mis padres tenían muchos

compromisos y había un buen número de invitados, entre los que no faltaban los amiguitos de mis hermanos con sus padres.

Llamaba la atención, en medio de aquellos decorados jardines, un impresionante castillo hinchable en el que los niños fijaron sus ojos y todos volaron a montarse en él, deslizándose entre gritos y risas.

Si hubiera podido, Daniela se hubiera subido con ellos, porque era todo un espectáculo ver a ese bebé como hipnotizado, con los ojos clavados en el colorido castillo y echando su cuerpecito hacia delante como indicando que ella también quería.

— Esta va a saber más que los ratones colorados—le comentaba a Lidia mientras se la cogía en brazos.

— Cógela un poquito sí, que me tiene baldada, no veas si pesa la gordi—reía la feliz mamá.

Todos estábamos de lo más animados y en momento dado nos apretujamos para hacernos una foto familiar pero más completa, con nuestros padres y suegros. Los mellizos diciendo eso de “*patata*” y Daniela de lo más simpática, queriendo arrancar a hablar.

— Tiene prisa por hacerlo todo—la cogió Marcos, que estaba que no cagaba con su niña.

— Fíjate si tiene la misma para echarse novio—me gustaba picarlo con eso de ser papá de niña.

— Primero capo al que sea y luego hablamos—solía ser su respuesta, que tampoco tardó en salir ese día.

El almuerzo fue increíble y mis hermanos estaban disfrutando como ellos sabían. El corte de la tarta fue simpático a rabiar, porque ambos se disputaban el protagonismo y al final se pusieron de acuerdo entre ellos, para compartirlo.

— La primera vez que los veo hacer un ejercicio de madurez—soltó mi madre.

— Pues no te hagas ilusiones que igual ha sido puntual—le di un fuerte beso. Esa mujer era

un gran puntal en mi vida.

Sin embargo, el gran momento del día, estaba aún por llegar.

— ¡Son para vosotros! —exclamaron mis padres y mis hermanos se taparon la cara y saltando, comenzaron a dar unos gritos que debieron escucharse a varios kilómetros a la redonda.

— ¡Mami, papi! ¿De verdad? —Las lágrimas de Nuria comenzaron a resbalar por sus mejillas mientras Óscar salió corriendo hacia ellos.

Dos personas del club les habían acercado los caballos, uno para cada uno, que mis padres les habían regalado. Fue una sorpresa total, pues a ellos les encantaba montar y llevaban años pidiéndolos. Mis padres siempre esquivaban su petición, esperando a ese día.

Los peques se montaron, cada uno en el suyo, exhibiendo la mejor de sus sonrisas e hicieron gala entre los asistentes de su buena mano con los animales.

Mis padres se abrazaron y yo hice lo mismo con Mateo. Estábamos viviendo uno de los días más emocionantes de nuestras vidas y nuestra retina estaba tomando nota de unos momentos que no se borrarían jamás de ella.

Un rato después se abrió la tarde de piscina para los niños y de copas y baile para los mayores.

Lo pasamos formidable con los bailes latinos, a los que nos habíamos aficionado mucho y a cuyas clases acudíamos Mateo y yo en compañía de Marcos y Lidia, una vez por semana. Incluso después del nacimiento de Daniela conservábamos esa costumbre y así los recién estrenados papás disfrutaban de un ratito a la semana para ellos, dejando a Daniela con los encantados abuelos.

No quisimos pasarnos demasiado con las copas porque al día siguiente nos íbamos de viaje, pero fue una tarde encantadora en la que el buen tiempo puso su granito de arena y en la que todos los asistentes se mostraron maravillados.

Al llegar la noche, fuimos despidiendo a todos los invitados y llegó el momento de ir volviendo a nuestras casas.

Mateo y yo nos montamos en el coche de lo más contentos. Él sabía lo importante que era para mí que aquel día todo saliera a pedir de boca y así fue.

Llegamos a casa con la ilusión puesta en la mañana siguiente, que habíamos quedado con los chicos a las ocho. Me metí en la cama con el que desde hacía años consideraba mi marido, aunque no necesitaba ningún papel que lo acreditara, como tampoco lo necesitó ni lo quiso Lidia.

Para nosotras el mejor contrato fue el verbal que mantuvimos con nuestros chicos desde el primer momento y que renovábamos a diario: el de que fueran la última cara que viéramos cada noche y la primera cada mañana.

A la mañana siguiente, montados en el avión, camino de Italia, los cuatro íbamos de lo más felices. Bueno, los cinco, porque había que ver la preciosita carita de Daniela, sonajero en mano, mirando por la ventanilla.

— ¿Esta niña no duerme? —preguntaba Mateo mirando a su sobrina.

— Qué va cuñado, a esta le va la marcha como a su madre. Duerme lo justito.

— Es que mi niña tiene muchas ganas de ver el mundo—dije, mientras le hacía arrumacos.

— Y su madre muchas ganas de dormir, que no sabéis del mal humor que está algunas mañanas—bromeó Marcos.

— Es verdad, lo reconozco, pero yo es que si no duermo mis catorce horitas diarias...— Lidia era Lidia.

Aterrizamos y alquilamos un coche. Nuestro destino era La Toscana y el motivo de que estuviéramos allí era muy gracioso. Cuando mi amiga estaba dando a luz, entre soplido y soplido, Marcos le decía que pensara en algo agradable y ella decía que se le venía a la mente un paseo por la Toscana, con un cómodo vestido de algodón y una pamelita.

Y para Marcos, los deseos de Lidia eran órdenes, como él siempre decía, de modo que en cuanto que tuvimos ocasión lo organizamos. Total, que no podía ser de otro modo. Allí estábamos las dos con nuestros vestiditos sueltos y las pamelitas y la peque con un atuendo parecido, pero en miniatura.

Conforme fuimos avanzando por la carretera llegamos a la conclusión de que habíamos acertado.

— Muero con estos paisajes—chillaba sacando la cabeza por la ventana una entusiasmada Lidia ante cuyos ojos se presentaba una de las regiones más bonitas no ya solo de Italia, sino del mundo.

— Sí, pero no saques la cabeza por la ventana, jodida, que me acojonas—la reprendía Marcos.

— No seas soso. Hay que ponerle un poco de emoción a la vida.

— Emoción te voy a dar yo a ti después, anda—le guiñó el ojo.

— Eso será con el permiso de tu hija, ¿no?

— Nos ofrecemos a quedárnosla esta noche para que viváis un episodio de pasión—sugerí.

— ¿En serio? —los ojos de mi amiga saltaban de su cara.

— Claro, tontorrón.

— Os cojo la palabra, ¿eh? Que hace meses que aquí mi chico y yo no intimamos del todo como Dios manda.

— Yo creo que Dios no tiene nada que ver en vuestra manera de intimar—reí.

Y es que me remontaba a los primeros tiempos de la cabaña con los hermanos, cuando lo suyo era una orquesta nocturna y diurna, en un momento en el que lo que estaba naciendo entre Mateo y yo se manifestaba todavía con besos y caricias.

Llegamos a Florencia y allí sí que nos volvimos locas. Fue soltar el equipaje en el hotel y comprobar por qué muchos dicen que la ciudad es un museo al aire libre. Desde luego que turismo no faltaba, pero es que la ciudad lo merecía.

La tarde la dedicamos a pasear por los lugares más emblemáticos de la ciudad, como la

Catedral, el *Battistero* y el *Campanile*. Rematamos viendo el atardecer en la *Piazzale Michelangelo*, contemplando la más romántica de las puestas de sol sobre Florencia.

Volvimos al hotel, que era una auténtica maravilla. Nuestros chicos se habían encargado de todo y, como siempre, habían tirado la casa por la ventana. Cuando se trataba de que lo pasáramos bien, no reparaban en gastos, por lo que la sorpresa con ellos estaba siempre garantizada.

Dado que aquel día Daniela parecía estar especialmente cansada, decidimos cenar en el restaurante del hotel y la peque cayó rendida. En momentos así, todos sentíamos como si no hubiera pasado el tiempo y nuestras mentes retrocedían a los primeros días. Y es que eso que dicen de que la pasión va decayendo no tenía cabida en nosotros.

Terminamos de cenar y, como lo prometido es deuda, nos ofrecimos a quedarnos con la niña.

— Ya sabéis que os hemos cogido la palabra—decía Lidia, pero casi que mejor mañana, porque el asunto es que yo hoy estoy molida y no voy a dar mucho de mí.

— Ah, no, no, pues entonces, mañana, por favor—rogó Marcos.

— Claro, tontos, a nosotros nos da exactamente igual.

Nos despedimos y Mateo y yo subimos a la habitación. Lo primero que nos apeteció fue darnos una relajante ducha juntos y aquello prometía.

Allí comenzamos a besarnos y acariciarnos, con el agua corriendo por nuestros cuerpos y la excitación erizando nuestras pieles.

— Sal y espérame en la cama—le susurré.

— ¿Me estás diciendo que me tengo que separar ahora de ti? ¿Estás loca? —notaba su miembro frotándose contra mi zona más íntima y comenzando a inflamarla.

— Creo que te va a gustar—murmuré de la forma más sugerente.

— Dicho así, ya me estoy dando patadas en el culo para salir—se mordió el labio y se apresuró a coger la puerta.

Me fui secando y eché mano de mi arsenal para volver loco a Mateo, pues tenía en el mismo baño una bolsa preparada.

Mientras me iba colocando aquellas delicadas prendas, sonreía maléficamente pensando en que iba a aumentar la temperatura del dormitorio tal cual saliera.

Elegí para mi primera noche en Florencia un sensual *Babydoll* confeccionado en color negro semitransparente con tanga incluido que era realmente de infarto. Sus delicados bordados en turquesa le daban el toque distintivo que yo buscaba. Me subí en mis altos tacones negros y abrí la puerta del baño.

— Es tu culpa que no pueda decir nada—soltó Mateo, tragando saliva y con un sospechoso bulto alzando su bóxer.

— ¿Y eso? —arqueé la ceja y lo señalé.

— Esto es algo que está esperando de lo más animado a darte la bienvenida, muñeca.

— De lo más animado y de lo más duro, diría yo también.

— No diré nada si no es en presencia de mi abogado, prefiero que lo compruebes tú.

— *Ummmm....*

— Me acerqué y, sin mediar palabra, agarré su miembro, que competía en dureza con el hierro...

— Esto está pero que muy inflamado... Habrá que actuar en consecuencia.

— Es tu culpa—hundió sus dedos en mis glúteos—Tampoco me quejo de la dureza de esto—los señaló—hace que reboten mis dedos.

— ¿Tú qué te crees, chaval? Para eso me mato yo en el gimnasio, a ver si vas a ser tú el único macizorro.

— ¿Yo estoy macizo? —iba deshaciendo el lazo del *Babydoll*.

— Lo sabes, pero como no tienes abuela, te gusta que te lo diga yo...

— Me encanta, igual que estos—señaló a mis pechos, cuyos pezones, por la excitación, estaban ya como timbres de castillo.

Puso la lengua en ellos y la cosa fue a peor. Su dureza alcanzó proporciones desorbitadas mientras los lamía.

— Necesito más—imploré.

— Define más...

— ¿Tengo que explicártelo a estas alturas?

— No tienes que hacerlo, pero sí debes, de hecho, debes hacerlo para que te folle como solo yo sé hacerlo, ¿o no es así?

— *Pssss*—mi respuesta lo sacó de sus casillas y comenzó a besarme al mismo tiempo que demostraba cuán hábiles eran sus dedos y hasta qué punto podían hacer una obra maestra sobre ya de por sí mi inflamado clítoris.

— ¿Mejor? ¿Algo que añadir? —preguntaba él deseando escucharme.

— Un poco mejor sí—apenas me salía un hilo de voz de lo excitada que estaba, pero moría por buscarlo.

— ¿Mejor ahora?

— Sí, parece que vas atinando...

— ¿Y ahora?

Sus dedos conocían la magia y mi clítoris y ellos formaban la mejor combinación posible en busca del placer.

— Ahora no pares, por Dios, Mateo...

— Dios no nos escucha, estamos solos tú y yo.... Dime lo que quieres...

— ¡¡¡Quiero correrme!!!

— ¿Con mis dedos?

— Con lo que quieras, pero ya, lo quiero todo, Mateo por favor....

Hundió de nuevo su boca en mis pechos mientras unos suaves toques terminaron por llamar a un orgasmo que recibí a gritos. Al final, no iba a ser solo Lidia la escandalosa.

— Tengo que devolverte el favor—dije con diligencia tan pronto me hube repuesto un poco. Y es que aquel sensacional orgasmo me había dejado laxa y expuesta totalmente a un cada vez más excitado Mateo.

— Tendrás tiempo para devolvérmelo luego, ¿o es que tienes prisa? Este es solo el primero de muchos asaltos—para seguro en la cama él y lo mejor es que lo que decía lo cumplía.

— Vale...

— Quiero ver cómo se transforma esa cara—ya tenía su miembro en la entrada de mi cavidad y su mirada penetrando la mía, aunque la verdadera penetración era la que estaba a punto de producirse.

Noté cómo su miembro se deslizaba hasta lo más profundo de mí. La compenetración entre nosotros era realmente bestial. La humedad reinaba en una cavidad de la que él era dueño y en la que se manejaba como nadie.

— Más rápido—imploré.

— No escucho nada. Debo estar sordo—también le encantaba picarme.

— ¡¡Más rápido!! —chillé.

— ¿Así? —tumbada boca arriba como estaba, con él delante, levantó mis piernas y me demostró que no solo podía ser rápido sino certero.

Eran momentos en los que nuestros cuerpos se acompañaban y, la armonía que reinaba entre ambos, se traducían en un festín sexual en el que los gemidos eran el hilo que conducían al más extraordinario de los placeres.

— ¿Suficientemente rápido? —mi cavidad parecía que iba a echar fuego por lo intenso del roce.

— ¿Por qué? ¿No puedes hacerlo más? —lo conocía muy bien y sabía cómo llevarlo al límite.

— ¡Eres un bicho! —se mordía el labio y me miraba advirtiéndome de que me preparara.

Mi cabeza empezó a chocar con la almohada, esta contra el cabecero y este contra la pared, de tal suerte que no pude evitar reír pensando que, a ese paso, íbamos a tirar el hotel abajo.

— ¡Tócate para mí! —exigió con los ojos fuera de sí cuando mis contracciones vaginales estrangulaban su miembro hasta el punto de ponerlo al borde del éxtasis.

— ¿Así? —lo miré de la forma más sugerente del mundo.

Sabía que esa mirada lo llevaría al cielo y así fue. Lo que comprobé con alegría fue que, al mismo tiempo que él, lo volvía a tocar yo.

Por la mañana nuestras caras debían anunciar que habíamos tenido jarana, y de la buena.

— Aceptamos que os la quedéis esta noche—le faltó el tiempo a Lidia para decir, tan pronto nos vio aparecer por el comedor.

— Pues claro petarda, pero que eso digo yo, que buenos días.

— ¿Qué te sirvo, cariño? —me preguntó Mateo.

— Pues mira, bromas aparte, me sirves para todo—le guiñé el ojo y lo besé.

— Ey, ey, ¡que vais a salpicar! —saltó Marcos, haciendo como que nos separaba—Venga, venga, os vamos a poner el desayuno, chicas, que están los ánimos muy exaltados y a este paso vamos a tener que pedir que bajen la temperatura del salón.

Y es que así era nuestra vida, dominada por el amor y la pasión. Me quedé en la mesa con Lidia, a la que también notaba inmensamente feliz en aquellos días de asueto que tanto habíamos ansiado y que ya estábamos disfrutando.

Mientras veíamos a los chicos preparando las bandejas para servirnos el desayuno, ambas expresamos en alto lo que ya sabíamos, o sea, que éramos tremendamente afortunadas.

Fue entonces cuando miré a Mateo, que para mí lo tenía todo. Era tan guapo por dentro como por fuera, pero además se mostraba atento, abnegado, servicial y cariñoso. Pensé que, irremediablemente, cuando lo conocí tuve que mandar a paseo mis “seis razones para no amar”.

